



TORMENTAS DE VERANO

Itinerarios de inquietudes adolescentes

CARLOS JOSE ROMERO MENSAQUE

Colaboradores literarios

David Amador Monterdez
Manuel M. Chiappi Puerta
Paula Ferrer Soler
Cristina Galán Zorzano
Rocío Martín Delgado
Macarena Moreno Moral
Eloisa Ramos Rivera
Cristina Sacristán Pérez
Natalia Salazar Torres
Desirée Sánchez Cuevas
María José Valderrama Hernández

Ilustraciones

Leonardo Sánchez Sousa (Dibujo de portada)
Fernando Chiappi Puerta (Dibujos interiores)
(Fotografías de Eloisa Ramos y del archivo del autor)

Sevilla, 1995

© El Rosario en Sevilla - Carlos J. Romero Mensaque
<http://www.rosarioensevilla.org>



A todos mis alumnos adolescentes, porque me han hecho descubrir los grandes valores de mi vocación humana y cristiana, que me han enseñado que la amistad sincera es el mayor don que enriquece a las personas.

Este libro está especialmente dedicado a mis dos colaboradores principales:

Paula Ferrer Soler

y David Amador Monterdez.



ADOLESCENCIA

Señor, me veo como aprendiz de hombre o mujer, pero también siento nostalgia por abandonar la seguridad de la pasada infancia.

Tengo miedo de lanzarme al vacío, de andar por caminos no pisados aún, aunque esto me apasione también.

A veces, Señor, me comparo con las tormentas de verano, que se fraguaron sin saber cómo ni por qué, en pocos minutos descargaron sus furias y, tras el nubarrón, se vio de nuevo en el cielo el brillar del sol.

Soy a esta edad como árbol en primavera, cuajado de flor y que se abre a la esperanza e ilusión de vivir.

Soy torrente y fuerza arrolladora que amenaza con arrasar cuanto se opone a su paso.

Pero también me siento débil y pequeño, con ganas de que alguien se me acerque y me eche una mano.

Tú, mi Dios, ¿te complacerás en verme todavía turbado y confuso?. ¿Pasarás a mi lado sin decirme ni una palabra siquiera?. ¿No prestarás atención a mis ruegos?

Mira, Señor, los años de mi juventud, pero no tengas en cuenta las equivocaciones cometidas, pues estoy aprendiendo a leer de la vida: usa conmigo según tu misericordia.

"A Dios vamos con lo que somos y nos acepta así, no de otro modo"

Cfr. "Diálogos sinceros"
Autor: José Luis Hermosilla García.



PROLOGO DE JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

Hace cuarenta años, cuando empezaba yo mi aventura de escribir para los jóvenes, concebí el proyecto de incorporar sus textos a los míos, de darles voz, de hacerles protagonistas de algún modo, y publiqué un ensayo pedagógico profusamente ilustrado con las cartas que por entonces me escribían. Cartas de adolescentes donde, reservados los nombres, aparecían sus confidencias íntimas, sus temores, sus anhelos y sus sueños, amén de sus problemas. Era un tiempo riguroso en que se escribía mucho sobre la juventud, pero siempre de mano adulta; en que hasta los mayores carecían de voto; pero los jóvenes hasta de voz. El libro que rememoro se tituló *HABLAN LOS HIJOS* y su repercusión fue grande en el país. Aún recuerdo su portada llenando la pantalla de los televisores cuando existía una única cadena en toda España.

Hoy, después de cuatro décadas, el autor de la presente obra, que concuerda con aquella idea mía, y los alumnos y alumnas que colaboran con él, me honran invitándome a prologarla, lo que hago con gusto por la coincidencia en el propósito.

Siempre he creído que los adolescentes deben ser escuchados, que tienen algo que decir. Ciertamente que todos los mayores hemos sido alguna vez adolescentes; pero nada olvidan tanto los adultos como su propia adolescencia. Lo cercana que tiene la infancia cualquier adolescente y la resistencia que ofrecemos los adultos para admitir que nuestros chicos crecen, que empiezan a ser autónomos y a pensar por sí mismos, hacen que retardemos el reconocimiento de su maduración y la consideración que merecen.

Venía yo de la guerra, con mis 17 años, venía de ver matar y ver morir, venía de mandar gente con toda la barba, y oía en casa a mi madre preguntar: "¿Se ha levantado el niño?". Hoy sonrío con nostalgia; entonces podía armarla.

Es bueno que los adolescentes hablen. Es bueno, por lo pronto, para ellos mismos. La afirmación que les supone oír su propia voz en el concierto refuerza su personalidad. Pero es bueno también que los adultos las escuchen, especialmente quienes tienen -profesores y padres- la responsabilidad de hacer de ellos hombres y mujeres como solía decirse "de provecho". Si educar es de alguna forma un arte, no es quien lo ejerce un artista que opera sobre materia inerte. Nuestros chicos y chicas son personas y, aun sometidas por fuerza de la edad, razonan como tales e inevitablemente juzgan. Es, pues, en diálogo con ellos como debemos educarles. Pero sólo dialoga quien escucha y sólo puede escuchar quien otorga voz a la otra parte.

Seamos, pues, capaces los adultos de brindar, con la frecuencia necesaria, un generoso turno a los adolescentes, no sólo porque es justo hacerlo así, sino porque puedo asegurar que aprendemos algo.

Durante cuarenta años he procurado escuchar mucho, mientras escribía setenta libros, y debo confesar que la mayor parte de lo que plasmé en sus páginas, sobre la vida de los adolescentes, me fue brindado previamente por las inapreciables confidencias de ellos mismos.

Bienvenido, por lo tanto, un libro en que hablan ellos, los hijos, los alumnos. Leámoslo con atención. No será en vano.

JOSE LUIS MARTIN VIGIL



TORMENTAS DE VERANO

Las tormentas de verano son fenómenos de una gran magnitud y belleza. Aparecen sin previo aviso, sin razón aparente poblando el cielo de intensos nubarrones oscuros e inquietantes. En un breve espacio de tiempo descargan toda su furia destructora sobre campos, sobre personas...Y dan miedo porque el rayo puede caer en cualquier lugar, destruir incluso vidas...y de su paso queda el estremecedor sonido de los truenos...Mas luego, todo pasa, el sol vuelve a brillar en el cielo. La atmósfera ha quedado limpia, purificada...Se respira con más facilidad, a pleno pulmón. Huele a tierra mojada, brillante...

Las inquietudes adolescentes son como esas tormentas de verano que provocan momentos de fuerte tensión, crisis de personalidad, desengaños, rupturas, miedos...pero también de ilusión, esperanza, amistad, amor, fe....que se dejan ver tras el fragor del combate de los elementos, cuando la atmósfera de la vida se despeja y...aparece el sol de la claridad, de la madurez, de nuevas responsabilidades... Pero la adolescencia es siempre esa tormenta de verano que hay que afrontar para que la vida se purifique, sea más auténtica para nosotros y los demás.

"Tormentas de verano" es un proyecto que nace de mi experiencia docente en las aulas de varios centros como profesor y tutor. En este ámbito he aprendido a descubrir, comprender y estimar a este apasionante mundo de la adolescencia, en el que chicos y chicas entre los 13 y los 18 años, aproximadamente, experimentan en sus vidas todo un proceso de crisis y, a la vez, de descubrimiento de valores nuevos, que van asumiendo como propios.

Es una edad difícil, pero llena de ilusiones y esperanzas, en la que se van encontrando con su auténtica personalidad. Es el momento en el que nace el amor en toda su pureza, las amistades inquebrantables...y también las primeras traiciones, desengaños...los que más duelen. Viven con los ojos abiertos...no sólo los del cuerpo...sino los del alma. El sentimiento cobra en ellos una dimensión plena, casi inseparable de la realidad que viven. Necesitan ser y sentirse vivos. Pero también el afecto y la comprensión de los padres y educadores.. aunque no lo manifiesten y hasta les rehuyan.

No es fácil entender sus inquietudes, sus aparentes contradicciones, sus reivindicaciones cargadas de fuerza y convicción, sus suspicacias, las apatías, perezas...Intentas acercarte a la persona que está detrás de ese alumno que te atiende en clase, pero que luego no parece rendir o al revés. Y poco a poco descubres unos mundos inmensos, llenos de vitalidad, de contrastes, de aspiraciones, sueños e ilusiones, aunque también de fracasos, incomprensiones, dudas... Hablas con los padres y te sientes aun sin darte cuenta, más cercano a su persona, su ambiente cotidiano ... Y notas que, poco a poco, algo va cambiando en tu relación con él, que desaparecen los prejuicios y va emergiendo en ti su auténtica dimensión humana, la que te permitirá conocerle y sobre todo, comprenderle.

A veces sus miradas evasivas, su desesperante "pasotismo", sus pequeñas rebeldías son síntoma de una necesidad apremiante de afecto y comprensión. Es como ese anhelo inconfesable que nace de un corazón que experimenta soledad, que se angustia por no poderse comunicar más allá de las palabras que brotan sin sentido, que suenan a algo manido, superficial, intrascendente.. pero que ocupa la diaria convivencia con familiares y amigos.

La obra se compone de un número determinado de relatos breves o Itinerarios que quieren ser originales variantes de estas inquietudes adolescentes. Constituyen auténticos retratos de personas y situaciones. No se ha recurrido a ningún artificio literario. Tampoco se han establecido unos perfiles-tipo en base a personas o experiencias de grupos afines de adolescentes. En absoluto. Cada Itinerario es real y corresponde a un chico o chica concreta y que aparece, en la mayor parte, con su propio nombre, previa autorización de todos ellos.



Estos Itinerarios, núcleo fundamental del libro, se estructuran en dos series, la primera redactada por mí y la segunda realizada por los propios chicos, a fin de procurar un acercamiento más real y directo al mundo de los adolescentes, de integrarlos en lo que quiere ser una obra testimonial, y no sin sobrado mérito por su parte. Me consta su interés en esta iniciativa que consideran igualmente suya y que, al mismo tiempo, ha despertado una inusitada expectación por parte de sus compañeros, que de hecho también se sienten protagonistas porque de una manera directa o indirecta han dado sentido a esta obra.

Junto a ellos, se insertan una selección de Poemas originales también de mis alumnos, referidos igualmente a sus propias experiencias o reflexiones acerca de sus inquietudes.

Finalmente, como apéndice, he redactado seis breves estampas en prosa que he titulado "Perfiles de Fe", en el que recojo apuntes de personas, de situaciones en relación con la fe, fruto de mis vivencias entre los jóvenes de las hermandades, con los que he compartido entrañables momentos de mi vida.

Al publicar esta obra, he querido dar a conocer al público en general el testimonio vivo de unos adolescentes sevillanos que constituyen un fidedigno paradigma de esa incipiente juventud que a diario vive y trata de integrarse en nuestra ciudad y que sigue siendo en muchos aspectos incomprendida por los adultos, aunque también, y no pocas veces, utilizada para fines deshumanizadores. Confío que esta obra, que nace con una tremenda ilusión, pueda contribuir a un mayor conocimiento, comprensión y afecto de nuestros adolescentes.

Por último, expresar mi agradecimiento a tantas personas que con su ayuda y aliento han posibilitado esta obra. En primer lugar, a mis alumnos del Colegio "San Alberto Magno" de Montequinto y del Instituto de Formación Profesional "Beatriz de Suabia" de Sevilla sin cuyas contagiosas inquietudes no hubiera tenido sentido este libro. Igualmente a D. José Luis Martín Vigil, gran pionero de la literatura testimonial del adolescente, que gentilmente ha aceptado prologar esta obra. Por último, el agradecimiento al profesor de Lengua y Literatura de la Universidad, doctor D. Miguel Cruz Giráldez por su asesoramiento técnico y el constante apoyo de amigo.



ITINERARIOS DE INQUIETUDES



ITINERARIO PREVIO

El presente relato es el de un profesor que, desde una vivencia de soledad, espera el reencuentro con su verdadera vocación: el mundo de los adolescentes...Se descubre en él también esa tormenta de verano...que dio paso a un cielo azul...de esperanzas ciertas...

PASA LA VIDA

Casi sin darse cuenta...pasa la vida. Y le parece que no ha hecho nada. Que no ha vivido. ..Que tiene las manos vacías...Tantos días soñando una vida que no llega, empeñado en afanes, preocupaciones, inquietudes que no superan su imaginación...La vida va pasando sin felicidades palpables, absolutas...Va dejando tareas, esperando más seguridades, certezas...Y, al final, descubre que ha pasado la hora...Que no ha compartido sus inquietudes...Que el amor ha ido llegando a su corazón y no ha sabido acogerlo....

Ve llegar a los chicos todos los días para estudiar o consultar un manual de filosofía o matemáticas. Le da el libro y vuelve a sentarse en el despacho. Silencio. Los observa en sus mesas, absortos en su tarea. Más allá, en las salas de grupo, se escuchan rumores de voces que a veces se hacen más fuertes y dificultan el silencio de la sala de lectura. Silencio. ¿Para qué?. ¡Qué tristeza y desasosiego!. Se ha acercado a las salitas para amonestarlos. Se asoma a las cristaleras y descubre una gran animación. Como se había supuesto, habían dejado el trabajo de grupo para mejor ocasión y estaban charlando de sus cosas...Abre la puerta. Silencio. ¿Por qué?. Observa sorpresa e inquietud. Hay que jugar el papelito de celador. Se callan y prometen no volver a hablar, a ¿molestar?. ¿A quién?. ¿Por qué?.

Llega el recreo. Gran animación. Risas, carreras..hasta que poco a poco cada uno trata de concentrarse en su libro de estudio. Hay que volverse a poner serio para que todos puedan estudiar. Fuera, los compañeros profesores pueden ir a desayunar a los bares. Los chicos les rodean, preguntándoles notas, incidencias de clases, confidenciando problemas. Se observa una cercanía, confianza, tal vez. En la biblioteca tiene fijado un rol que le hace impersonal, inaccesible...y termina asumiéndolo como un destierro, como una cárcel que le aísla durante ocho horas diaria de la vida que fluye cálida a su alrededor. No existe nada peor para un formador enamorado de su vocación que ser bibliotecario en un colegio.

Se plantea tantas cosas...Descubre que este espíritu de biblioteca es el mismo de unas clases silenciosas y bien ordenadas donde el profesor es el único que rompe un silencio vacío, que coarta. La forja de un chico o una chica no cree que pueda conseguirse sólo mediante la disciplina del saber y la conducta...Dentro hay personas que quieren oír latir a su corazón. Tantos años pasados en las aulas y lo que de verdad les interesa lo descubren fuera...

Recuerda...tantas vivencias. El Curso aquel en Carmona, en el Instituto de F.P. con unos chicos sanos de salud y espíritu, que le ayudaron a renovar una fe que parecía perdida después de todo un año de crisis. ¿Por qué tuvo que dejar aquellas clases?. ¿Seguridad?, ¿Cercanía?. ¿Cabía mayor cercanía que



sus alumnos?. La pasada Navidad recibió una felicitación suya. Tenía que hacerles una visita. Los echaba de menos. Se hacían querer. Se había creado un ambiente de confianza en el que se planteaban muchas cuestiones. Aquellas clases de Religión les sirvieron a todos para afrontar su propia vida. Se trataron muchos temas, pero, sobre todo, se formó un clima de amistad tal que la propia fe se palpaba en la que se tenían unos a otros.

Su vocación siente que puede más, que quiere acercarse a los chicos. Emprende iniciativas ...Algunos, pocos, descubren una nueva imagen de la biblioteca. Busca crear espacios de calor entre tanto frío, rasgos de espontaneidad, de libertad responsable ante tanto método...artificial. Parece que guarda libros y no hay nada peor para una biblioteca que guardarlos. El libro nace de la vida y quiere volcarse en ella...Pero ¡qué pocos chicos o chicas le piden libros para leer!...aunque sea por obligación de los profesores...Prefieren resúmenes...No obstante, algunos se han visto atrapados por las páginas de un cuento, una novela...Y se les nota en la cara....

El grupo se conforma espontáneamente...Su breve estela creaba color en el gris de tantas tardes de rutina. Recuerda algunos nombres: Tomás, Palala... Hacían sentir su presencia en mi ánimo y nunca se los agradecerá bastante. Tertulias informales, espontáneas, pero también conversaciones en las que se compartían vivencias, problemas que se prolongaban más allá de la hora, de esa hora que tantas veces esperaba que llegara y que ahora...le impedía retener instantes...de vida.

El rescoldo siempre permanece encendido en él. Tiene que encontrar nuevos horizontes con personas como ellos...pero no allí. Necesita espacio...Se ahoga... Pronto lo comprendieron personas entrañables con las que compartió aquellos años, en especial un sacerdote ya mayor, dechado de bondad, aunque un poco "quemado" por la cotidianidad. También los chicos lo perciben. Siempre recordará aquella frase que confidencialmente le dijo una alumna: *¡No dejes pasar las oportunidades de vivir...Si te resignas a dejarlas pasar...al final será tu propia vida la que pase!*

...Pero esa vida que bullía fuera entreabrió un día la puerta nunca cerrada y creó una pequeña corriente de aire que hizo alborotar las páginas de aquel libro gastado, que a veces el espejo le hacía parecer que era. Con aquella corriente encontró la tinta fresca para volver a escribir...La ilusión le hacía joven, casi adolescente, otorgándole una nueva vida para estrenarla con sus nuevos, pero propios alumnos. Una nueva juventud, allí fuera, pero muy cerca de él, se brindaba a otorgarle un argumento inédito, cálido...que no encontró en los libros.

DAR MAS DE LO QUE TIENES

Allí los tenía por fin, frente a mí, observando, examinándome, percibiendo más que escuchando mis palabras, mis actitudes. Desde el principio me di cuenta que, a pesar del mucho tiempo transcurrido, volvía a conectar. Y el ambiente era especialmente acogedor para cualquier formador: grupos reducidos de alumnos, cercanía, familiaridad. Poco a poco fui ganando en confianza. La tutoría me afianzó no poco en mi labor, en mis expectativas.

Aquel curso fue muy especial por la calidad humana de mis alumnos. Quizá por mi carácter tiendo a percibir de una manera distinta sensibilidades que a otros escapan y estos chicos rezumaban ilusiones e inquietudes mucho más allá de la propia dinámica de la clase. Resultaba gratificante la entrevista personal o la pequeña tertulia en los muchos momentos de pasillo entre clase y clase.

Fue uno de los primeros días de clase y poco antes de salir del aula, me abordó nerviosa y bastante



enfadada: ¡Carlos, tengo que hablar ahora mismo contigo. Es muy importante!. No había problema porque precisamente la siguiente hora la tenía dedicada a Tutoría. He de reconocer que me preocupó un poco porque conocía su carácter y la facilidad con que se dejaba impresionar por los acontecimientos y por las personas.

Hablo de Inma, toda una personalidad en la clase y en el colegio. Y no por su capacidad de liderazgo o su don de palabra. No. Inma era especialmente querida por su sensibilidad hacia los problemas de los demás, su alto concepto de la amistad como servicio...y todo ello dentro de un corazón que no le cabía en su desarrollado cuerpo de adolescente. En una encuesta que realicé para comprobar el nivel de integración de los alumnos en la clase, a la hora de indicar a quiénes elegirían para contarles un problema personal, prácticamente todos la votaron a ella... y con diferencia.

Pronto me di cuenta que se trataba sólo de un pequeño desahogo porque a veces no podía soportar algunos comentarios que le hacían derivados sobre todo de ese ímpetu con el que se volcaba en las cosas. No podía comprender que hubiera personas que no la comprendieran, que la quisiesen mal. En muchos aspectos seguía conservando la bendita inocencia de los niños que buscan un poco de amparo. Pero su entrega a los demás, el acompañamiento afectuoso del compañero con problemas, su disponibilidad para cualquier servicio para el que se la requiriera... me hacía ver que estos momentos de crisis eran ocasiones privilegiadas en que se mostraba por dentro necesitada de un poco de ese ánimo y esa amistad que estaba siempre dispuesta a dar. Me consideré feliz de poder recargar sus baterías en aquella y otras ocasiones.

Inma era como un perfume exquisito contenido en una vasija de fina y frágil porcelana, que corría siempre peligro de quebrarse ante cualquier eventualidad. Era ese frágil barro de su inseguridad, de su miedo por lo desconocido, de su secretas esperanzas truncadas... Ese barro a veces reblandecido por la humedad de unas lágrimas que no siempre eran incomprensibles, buscando un poco de tibio consuelo a su alma de niña grande.

...Por ello parecía un manojito de nervios ante cualquier circunstancia que escapaba un poco de su rutina cotidiana. Perdía pie peligrosamente. Sólo se sentía segura en su pequeño núcleo de amigas, en las que descargaba sus tensiones, sus angustias. Pero nunca se aislaba en su dolor, en sus problemas. Si no lo podía compartir, lo exteriorizaba sin ningún disimulo, a veces con grandes aspavientos, gritos entrecortados...No aguantaba nada de lo que considerase una injusticia respecto a ella o algún otro alumno. Se dirigía con precipitación al meollo del problema. Esto le costó no pocos altercados tanto con profesores como con compañeros. Pero pronto se calmaba y con el mismo énfasis con que te echaba una bronca, se disculpaba y no te dejaba tranquilo hasta que aceptabas sus excusas.. Y es que era una chica de una excepcional nobleza. Sincera a machamartillo. Radical, sí para muchas cosas, pero también un torbellino de ternura que aceptaba la opinión del otro si tratabas de ofrecérsela sin acritud. Y es que siempre intentaba ponerse en tu piel, comprenderte, estar contigo. En eso era entrañable. A todos nos ganaba por una grandeza de alma que no sólo disculpaba sus "prontos" sino que los explicaba y les daba un sentido.

Quizá por eso si la situación la desbordaba, o el problema de alguien la superaba, no podía conformarse y se bloqueaba. Cuando un chico vino al Colegio, invitado por mí, para que nos contase una experiencia difícil en el mundo de las sectas y que con muchas dificultades había logrado superar, Inma se me vino abajo. Aquello era muy superior a su capacidad de escucha, de comprensión. Se puso en su lugar y se horrorizó imaginando lo que una situación así podía provocar en ella. Su rostro denotaba pánico, histeria irreprimible. Entre un corro de compañeras que en vano trataban de consolarla, lloraba compulsivamente. No era extraño en ella conmoverse ante el dolor, incluso había veces que no podía dormir cuando veía una película de terror... Pero esto no era una película. Le pasó de verdad a una persona...Y estaba allí ... Con ella. En su clase.



Era como una niña grande a la que no bastaban las palabras para devolverle el ánimo perdido, su confianza...Tenías que volcar en ella toda tu capacidad de afecto, de ternura. Sólo la cercanía, el calor de una amistad que la acunara y le diera seguridad podía hacerla reaccionar. Trabajo y tiempo costó devolverla a la realidad. Un esbozo de sonrisa nos hizo comprender que lo peor había pasado. Una vez más los nervios le habían podido. Poco a poco su angustia se desvanecía del rostro y las lágrimas abandonaban sus ojos... No le oculté la realidad de la experiencia que había vivido, pero le hice comprender que tan real como la peligrosidad de las sectas, era la constatación del cariño que en estos momentos de temor había recibido de los que la querían bien. Y ese cariño no le iba a faltar nunca a una persona que, como ella, se volcaba con los demás...que se hacía querer. ..Porque el problema de las sectas nacía en ambientes donde se vivía la inestabilidad familiar, el desapego de los amigos, la soledad fría e inquietante...Ella, con su empuje, era, incluso un revulsivo para quienes pudieran quedar afectados por estas instituciones que pululan y -con cierto éxito- entre una juventud tan necesitada de comprensión.

No había reunión o actividad en el colegio donde ella no participase. Todo aquello le daba vida. Le hacía quemar energías físicas, como su deporte favorito, el voleibol, que tanta satisfacciones le daba...la revista, de la que estaba responsabilizada con Desirée. Pero a la vez que las consumía, renacían las fuerzas en su ánimo...para darlas a los demás.

Incidentes como el de las sectas, que luego incluso vivió en sus carnes durante el curso de una de esas visitas domiciliarias a las que algunas son tan propensas, curtían su espíritu. Te daba al principio un poco de coraje contemplar cómo precisamente a Inma le ocurrían todos aquellos sucesos que le podían causar más daño...pero a la larga le iban sirviendo...y porque tenía esa gran virtud, ya comentada, de no aislarse en el dolor, sino hacerlo "estallar" entre sus amigos.

Ha vivido otros momentos difíciles, que le han dolido bastante más...por afectarle más de cerca...entre sus personas más queridas. Y no siempre podía confidenciarlos. La notabas sangrar en su interior porque eran situaciones permanentes, incluso a las que se acostumbra, pero que de vez en cuando afloran a su corazón...Eso la hace ser a veces un poco insegura, perder los nervios más de lo corriente...pero, como siempre, esos mismos nervios, al emplearlos en pro de los demás, equilibran su persona...

Hoy he tenido la gran alegría de volverla a ver fuera del Colegio. Decidió continuar el bachillerato en un instituto. Apenas habían terminado las vacaciones de verano, pero la noté un poco distinta, para mejor. Más mujer. Más segura en sus convicciones. Había madurado.Y se lo hice notar. Se sonrió cómplice. Como aquel libro que les recomendé leer en el curso y que tanto les caló, la vida "le había salido al encuentro". Me despedí de ella con mucho cariño y no sin cierta emoción. Inma era una de las grandes almas de aquella clase y la echaría de menos, mas quedaría siempre junto al recuerdo ese testimonio vivo de entrega generosa que a los compañeros y a mí nos ha marcado.

MAS ALLA DE LAS APARIENCIAS

Aparenta ser lo que no es de ninguna manera, aunque no le preocupa que los demás lo tachen de "pasota", de "volado". En clase parece estar en otra dimensión, ajeno a todo lo que allí se dice, indolente. Apenas se comunica a base de monosílabos con profesores y compañeros. Pero es una persona de gran expresividad, casi de mimo, con un humor mordaz y cínico que provoca las risas en la clase.

Es un chico solitario, de compañeros más que de amigos, aunque los tiene. Es muy difícil acercarse a él, mantener una conversación con cierta profundidad. Tiene un lenguaje cortante, pero en donde no puedes ver mala intención. Parece desganado y, a la vez, harto... de tanta rutina de clase y estudios, de tanta mediocridad a su alrededor. Su actitud callada, incluso arisca y su pasividad aparente no son sino su protesta a una situación que soporta, pero que no puede evitar.



La madre ha venido varias veces a tutoría para interesarse por la marcha de Curro, pero te das cuenta de que carece de la más mínima motivación por los estudios...pero no sólo por los estudios, sino por nada en especial. La misma actitud que en clase observa en su casa: apenas sale, se pasa las tardes enteras en su cuarto leyendo...no precisamente los temas de clase.

Posee, sin embargo, una gran capacidad de observación crítica y buenas dotes para el dibujo del natural. Pero algo mucho más fuerte que él le impide romper esa actitud pasiva de protesta y hacerse responsable de su propia vida. Sus padres se desesperan, pero confían en que pronto se produzca la reacción, algo así como un "milagro".

No obstante Curro tiene en su forma de ser, una vez que eres capaz de superar la primera apariencia externa, algo que inevitablemente te lleva a estimarlo. En la clase es muy querido por sus compañeros a pesar de su poca comunicación. En el fondo son capaces de conectar con esa inquietud de un chico que se siente también próximo a ellos, pero al que parecen agarrar muchas cosas. Sus salidas de humor mordaz y seco, sus "puestas en escena" en la clase de Educación Física son una puerta que quiere abrir para encontrar el afecto de los demás. Ciertamente para muchos es poco más que un "graciosillo" extraño, al que no se le puede echar cuenta, pero que te divierte.

Para la generalidad de los profesores Curro es un caso casi inviable para el estudio y no suelen reparar mucho en él. No es ni ha sido nunca un chico conflictivo y esto hace que pase desapercibido en la clase y fuera de ella. Pero es un alumno inteligente y despierto, atento y perspicaz ante lo que le rodea y un gran observador de la conducta humana. Para mí era importante tratar de acercarme más a él, animarle en los estudios, tratar de despertar su interés hacia algo. He de reconocer mi fracaso en este camino.

Muchas veces lo llamaba a la tutoría para evaluar un poco su marcha en los estudios, pues no avanzaba nada. Elaborábamos estrategias para que al final de curso le quedaran las menos posibles. No había manera. Aquello era superior a él. No obstante, aquellas charlas me sirvieron para conocerle más, para percibir claramente la necesidad que tenía de una orientación integral y cercana que le fuera animando en algún camino concreto, pues él sólo se mostraba incapaz de plantearse lo que de verdad quería.

En su sonrisa un tanto amarga, entre dientes, insegura, me parecía adivinar a ese Curro soñador, que es capaz de adentrarse con fruición en esos libros de aventuras que le trasladan a unas nuevas situaciones en que puede sentirse protagonista con sus héroes, pero que al día siguiente sólo permanecerán en una mente despierta que se encuentra con una realidad monótona que termina oscureciendo su imaginación y provoca sin querer la pequeña amargura de esa sonrisa forzada.

Curro es así y así lo acepto como persona. Con su actitud irónica y crítica está gritando ¡basta! a la mediocridad y la hipocresía y te desarma cuando tratas, para animarle, de otorgarles esperanzas en algunas asignaturas. Hay que optar por utilizar como él el atisbo de sonrisa con un rictus de duda y escepticismo. Es un primer paso para penetrar en ese su apasionante mundo donde una gran persona permanece inédita, aventura en la que no desespero porque merece la pena.

LA SIMPATÍA COMO SERVICIO

De la gratificante experiencia de tutor en aquel curso tan especial gran mérito tiene Elena, su delegada, una chica excepcional por su calidad humana, su rebosante simpatía y ese especial "toque" de



distinción que incitaba a la confianza por parte de sus compañeros tanto en los aspectos académicos como personales. Ese curso suponía su entrada en el Colegio y estaba dispuesta desde el primer momento a no pasar desapercibida. Su talante la impelía al diálogo, a la colaboración en todo aquello para lo que fuera requerida... o no, pues muchas veces se adelantaba a ofrecerse para cualquier actividad. Ante la expectativa de la elección de delegado de clase, vio en esta responsabilidad un medio idóneo para integrarse en el grupo y ganar la confianza de unos compañeros a los que veía por vez primera. En sólo unos días los había conquistado a todos gracias a una personalidad arrebatadora que desarmaba al más circunspecto.

Su tarjeta de identidad la constituía esa sonrisa que era toda un síntesis de su personalidad. Daba una belleza peculiar a su rostro. No sé, pero notabas al verla una sensación de frescura y espontaneidad que te despertaba de tus preocupaciones. La veías feliz y te hacía feliz.

Acabó rota por la propia dinámica de la clase y las no pocas incomprensiones por parte de todos. Se había vaciado literalmente en una labor difícil, pero cuyos frutos se han ido viendo prácticamente desde el principio. Se la notaba satisfecha cuando al final de Curso se despedía de los profesores y compañeros para iniciar las vacaciones.

Con su colaboración habíamos creado en la clase un clima bastante familiar y estaba al tanto de cualquier problema que se suscitara. Yo me pasaba como distraído todos los días por el aula y en bastantes ocasiones terminábamos en jefatura de estudio comentando casos de compañeros concretos, a los que entre los dos veíamos la forma de darles solución. Y era muy perspicaz a la hora de evaluar situaciones y afrontarlas...aun a riesgo de parecer entrometida.

No faltaron momentos difíciles en los que finalmente pudo más su amor propio que la dificultad de los problemas en sí. No se los guardaba pues no podía resistir en su interior las grandes o pequeñas penas que tuviera. Gustaba de compartirlos, pero, eso sí, no con cualquiera. Agradecía el acompañamiento, porque la renovaba para seguir funcionando.

Una de sus mejores cualidades es sin duda la persistencia hasta el agotamiento, no conformándose con el primer no que recibe. En sus funciones de delegada intentaba continuamente diferir decisiones de los profesores respecto a fecha de exámenes o contenidos de los mismos. Algunos de mis compañeros se desesperaban de su actitud y adoptaban posiciones muy tajantes, otros, trataban de dialogar con ella y llegar a un compromiso razonable con la clase, en donde normalmente prevalecía el criterio del profesor.

Pero esta persistencia en el plano personal, le valió a Elena una de las mayores alegrías de su vida. En los primeros días de este curso, la notaba rara, con un semblante sombrío, lo que conociéndola indicaba un suceso extraordinario. No era ya su tutor, pero todavía no se había organizado como tal la nueva tutoría. Al final de la clase, me pidió que habláramos. Era un problema grave, que la superaba por la sorpresa y radicalidad con que se había producido. Las lágrimas le iban brotando mientras, atropelladamente, me relataba lo sucedido. Fueron pasando las primeras compulsiones y el peso de su congoja se le aliviaba hablando, soltando la pesada carga que la oprimía por dentro.

Conociéndola me di cuenta que en ese asunto ella podía hacer mucho más que incluso adultos más preparados, con más experiencia, más cercanos, precisamente por su carácter, por su persistencia. Me contó que lo había intentado, pero parecía estrellarse ante una roca, inerte, fría. Ahora no se trataba de convencer a un compañero aun a riesgo de hacerse pesada. Se trataba de alguien muy querido, muy cercano... Le hablé con mucha calma y traté con mis palabras de hacerle llevar todo el optimismo de que fui capaz, traté de contagiarle el que ella siempre volcaba en los demás. La animé a no "arrojar la toalla" en la seguridad de que lo que ella había hecho tendría su respuesta positiva. No me equivoqué. A las pocas horas, Elena resplandecía feliz. Aquella persona le pidió volver a hablar. Había decidido dar el primer paso para la solución.



En aquella entrevista tuve una de las vivencias más gratificantes de mi experiencia como tutor. Esta chica consiguió algo que yo había intentado durante mucho tiempo: expresar más abiertamente mis sentimientos de afecto y amistad, superar mi timidez y prevenciones. Se acercó a mí y reclinó su cabeza sobre mi pecho, confiada. Le pasé mi mano sobre el hombro y la dejé abrazarse. Fue un momento muy emotivo porque descubrí una sensación nueva, de ternura, que permanecía como encerrada en mi corazón. Casi sin darse cuenta, buscando llenar su corazón de consuelo, Elena me descubrió que para la amistad lo importante es dar el primer paso y mostrar el afecto que se siente. Me di cuenta también de que el ser tutor implica más que una tarea de control, un sentirse cercano a la persona del alumno, desde la sinceridad y la entrega generosa.

Hace unos días tuve que comunicar mi marcha del colegio a la clase. Me sentí un poco violento porque no me salían las palabras para expresar lo mucho que habían significado todos los alumnos en los años que había permanecido allí. Como casi siempre, Elena trató de convencerme de su posición, hacerme ver que debía seguir allí, pero muy pronto se dio cuenta de que mi decisión era firme y que estaba lleno de ilusión por comenzar una nueva etapa. Y no insistió más. Me conocía bien. A la salida de clase, hablando con ella, se dio cuenta de todo. Me sonrió en silencio y se alejó con un gesto de resignación. Sabía que era su despedida y que me deseaba suerte.

Siempre valdrá la pena trabajar con empeño y dedicación con los jóvenes mientras haya alumnos que, como Elena, expresen con su forma de ser una ilusión inextinguible por la vida.

LA ANGUSTIA DE LAS NOTAS

Se percibía en su semblante la discreta esperanza en una noticia feliz. Entró en la clase donde estaba dando las notas, feliz por verlo tras dos meses de vacaciones, pero a la vez un tanto preocupado porque imaginaba la reacción de mi alumno y amigo. Ignacio era un chico tímido, ingenuo, afable, imbuído no poco en ese su mundo de sueños y fantasías, aunque denotaba los primeros rasgos inequívocos de la crisis adolescente. Más que ir por la vida, se dejaba llevar aún a disgusto. Su timidez le presentaba como una persona reservada, poco comunicativa, aunque la confianza le hacía despertar...y entonces ... ¡cuánto disfrutaba comunicándose!. Acudió a mi mente la representación de una obra de teatro al final del curso pasado, en que era uno de los protagonistas. Entonces rompió esquemas, prejuicios superficiales a profesores y compañeros sobre su persona. Me sentí muy orgulloso de él. Se notaba que era feliz.

Había estudiado durante el verano, pero en algunas asignaturas se confió un poco y sus cálculos se quebraron respecto a no repetir el Curso. Estaba en el mismo margen y no pudo superarlo. No. No era fácil decírselo. Suponía romperle sus frágiles esperanzas, sus expectativas no racionales con los profesores, conmigo. Y esa temible sensación, carcoma existencial de no pocos jóvenes: la angustia, se cernía en el ambiente que quería ser distendido.

En la reunión de evaluación se había estudiado su caso. En el papel que se me adjudica y del que procuro razonablemente servirme para echar algún "cable", insistía en el trabajo del alumno y su dificultad por asimilar contenidos. Pero no acompañaban las notas. Y más por errores de circunstancias que objetivos. Una vez más Ignacio era víctima de su propia indolencia, de no terminar de tomar con decisión sus iniciativas, de trabajar con mínimos. Y un poco de mala suerte. Pero la mala suerte de Ignacio sólo la podía romper él. No contaba con que fuera a repetir y traté de buscar alguna alternativa. A veces es cierto que me pierden los afectos, pero estaba convencido de que no se lo merecía. Finalmente, los datos objetivos de sus calificaciones pesaron más. No se podía insistir.

Se sentó a mi lado todavía sudoroso del largo trayecto desde su casa al colegio en "bici", con su botella de agua. Intenté irlo preparando poco a poco. Una nube negra fue cambiando el semblante de



Ignacio. No lo quería creer: Tenía que repetir. Pensaba en sus horas de estudio de inglés en el verano, la reacción de sus padres, el curso perdido. No pudo reaccionar. No atendía a explicaciones. Se puso en pie. Protestó tímidamente. Le sugerí que hablara con alguno de los profesores que lo habían suspendido por si quería revisar el examen. Se fue, con el ánimo roto, sin despedirse...Había perdido por un momento su propia consciencia. No podía coordinar. Sólo se sentía mal, muy mal...Sólo eso...La lógica, la razón estaba conmigo. Él estaba sumido en ...algo triste...pero inevitable...No sé qué me ocurrió, pero no me resignaba a cruzarme de brazos. Había habido teóricamente justicia, pero qué justicia es esa que provoca la angustia de un chico de tan pocos años.

Todavía le pude ver en la sala de profesores intentando hablar con uno de ellos. Lloraba. No sabía qué decirle para animarlo, para compartir con él estos momentos. Finalmente le hice observar, aunque no quiso mirarme, que no merecía la pena angustiarse por eso. Y es así. Ignacio tenía que romper ese clima de angustia que en los colegios hemos fabricado entre todos, alumnos y profesores y no sabía cómo. No le salían sino incoherencias. Se sentía solo. La educación forma a la persona para ser feliz en convivencia con los demás, para hacerse hombre o mujer y no para que chicos como Ignacio rompan a llorar por una nota, fruto en parte de una estricta normativa que no sabe de sentimientos. Me duele que haya tenido que chocar así con la realidad y que ese camino que ahora emprende de adolescente, abriendo huecos desde su mundo infantil, se haya quebrado de repente.

No lo vi. Pero me lo contaron. Perdió los nervios. Contestó mal al profesor y el incidente acabó de un modo muy agrio. Ahora estará en su casa, encerrado en la habitación, triste. El mundo al que va abriéndose le ha mostrado una vez más su rostro cruel, hecho de nuestras propias incomprensiones. Pero se repondrá. Saldrá de esta con el amor de sus padres, que después de la riña, le alentarán a seguir en la lucha porque le han visto esforzándose y.. porque es su hijo. Y ese amor será el reducto pequeño, junto con el de sus amigos, el que va haciendo renacer a Ignacio.

Así fue. Al cabo de unos días se presentó con su madre en el Colegio. Salí a su encuentro. Pronto me di cuenta que volvía a ser el Ignacio de siempre, pero más sereno, más responsabilizado. Me sentí más tranquilo. Ahora sí escuchó mis razonamientos y el plan de recuperación, aunque todavía quedaban restos de amargura e impotencia. Le animé mucho y se franqueó conmigo, reconociéndome que aquel día perdió los nervios. La madre permanecía casi en silencio, pero un silencio de asentimiento y comprensión hacia el hijo.

Ojalá sepa comprender en adelante que lo verdaderamente importante es lo que te hace feliz, lo que te llena por dentro aunque no lo veas. Las notas no son sino una mínima parte de todo un proyecto de formación como persona que hay que admitir, pero integrándolo en la vida, procurando que lo tome con sus propias manos, sin imposiciones de fuera, siendo consciente de que vale la pena luchar por ser feliz y hacer felices a los demás, cambiando esta sociedad que provoca la angustia de personas como Ignacio.

Cuando salí de la sala de profesores, tras pasar las últimas actas, no quedaba ya ningún alumno en el colegio. Faltaba la vida a aquellas paredes, a aquel patio. Es la otra angustia del que ha educado su corazón a su sintonía galopante y no se resigna al ritmo convencional de ser alguien distinto de ellos.

LA PASION DE EXISTIR

No te puede dejar indiferente. Su persona es a la vez una pregunta y una respuesta. La primera vez sólo te das cuenta de la respuesta. Parece muy segura de sí, de lo que quiere y cómo conseguirlo. A veces te deja un poco perplejo la vehemencia de sus opiniones y la firmeza inconvencible de los argumentos que esgrime. Pero también es una pregunta abierta, constante que nace de un corazón que



late con fuerza cuando se siente comprendido, acompañado, querido. La pregunta define a esta chica indefinible y la salva de cualquier retrato apresurado de su persona.

A nadie puede escapar la belleza de su semblante y la esbeltez de su figura, su fina sensibilidad y una precoz madurez que le permite en cierta medida mayor control de sí misma, mejor relación con el profesorado y el tutor, pero también la separa, al menos al principio, del resto de sus compañeros, circunstancia que le afectó bastante en los primeros meses del curso.

En la primera entrevista que sostuve con ella todavía se hallaba confusa y desorientada ante la perspectiva de unos nuevos compañeros y profesores, pero a la vez dispuesta a comenzar el curso con renovadas ilusiones. Había tenido necesidad de cambiar de centro. En el anterior no conseguía integrarse en la dinámica de las clases, de unos compañeros que le parecían en general superficiales. Había en ella decepción y un poco de orgullo de sí. Pero, además de las clases, Eloisa necesitaba un nuevo rumbo a su vida personal.

Acababa de romper una relación sentimental que absorbía todo su vivir y actuar, aislándola de lo que le rodeaba: su familia, amigos, las clases. Sin darse cuenta iba perdiendo su capacidad de decisión, su norte, entregándose apasionadamente a un sentimiento que pretendía ser amor, pero que de alguna manera la estaba anulando como persona. La ruptura fue muy dolorosa porque la dejó vacía, había dado hasta las últimas gotas de su ser y ahora se sentía hundida, ridícula, utilizada y sin haber experimentado de verdad la comprensión que buscaba, el afecto correspondido, la comunión de vida. Literalmente se sintió morir.

Ha ido superando los hechos y sus secuelas, porque el tiempo casi todo lo puede con su inexorable fluir de paciencias, y ha abierto su vida a nuevas esperanzas e ilusiones, pero con no pocas precauciones para evitar que un nuevo sentimiento amoroso se apodere de su persona. Su carácter, de natural bastante reservado y un tanto orgulloso, aparenta una frialdad que los compañeros me comentan cuando procuro crear en torno a ella un círculo de apego, sobre todo con las chicas. Prefiere la compañía de los chicos, se siente mejor con ellos, más arropada y esto también provoca celos.

Conforme han ido pasando los meses, la clase va conociendo a la verdadera Eloisa, más serena, con muchas iniciativas en todas las actividades posibles, denotando una sensibilidad creativa que se valora en su justa medida por compañeros y profesores. Se siente respaldada, integrada y, a la vez, libre y de nuevo llena y dispuesta a dar lo mejor de sí.

En Eloisa es esencial la búsqueda constante del amor y la amistad, pero no un mero afecto sensible que marca sólo la superficie de las personas, no el inevitable amor de adolescente que a veces es fruto de ideales sin compartir, no. Es un sentimiento distinto, profundo, que no se vislumbra a veces en el aspecto físico, que por su esencia es compartido y que transforma la vida y te da una felicidad y una paz posibles. Es toda una experiencia de libertad que te hace ser más tú mismo al darte al otro.

Vivir el amor es para ella un apasionado sentimiento, como un fluir de la vida, atento a cada experiencia cotidiana, valorando hasta los más pequeños detalles, saboreando los momentos de felicidad y asumiendo con serenidad los errores y contratiempos. Es hacer verdad en ti ese "Carpe diem" con el que ella siempre se ha identificado.

No siempre ha sabido vivir el presente siendo concorde con lo que asume en la mente. A veces su propio carácter dominante condiciona sus sentimientos y provoca incomprendiones en los demás. Ella sueña con el amor y trata de hacerlo vida, pero como a los grandes románticos les ocurría, le es muy difícil armonizar su yo quiero con el otro yo que quiere y quiere ser amado.

Posee un gran mundo interior en el que parecía ser difícil penetrar ya que sólo en ocasiones afloraban



detalles, actitudes, ideas impresas en artículos o ejercicios de clase. No obstante, poco a poco, ha ido desvelando una personalidad oculta, más expresiva, más accesible, más comunicativa en su vocación teatral donde se muestra creativa, ocurrente, segura de sí, libre y feliz. La puesta en escena le motiva a dar todo lo que lleva dentro, a asumir situaciones que, aunque ficticias, crean actitudes de vida. Recuerdo lo feliz que se sentía al confidenciarme que le habían dado un papel en una compañía de teatro o como dominaba la puesta en escena de la obra que representamos en el Colegio... y su cara resplandecía de satisfacción. Se sentía segura, reafirmada en su ser.

Ella se sigue preguntando y en cada interrogante va naciendo una respuesta de vida, que no es fría ni orgullosa sino creativa, fruto de una sensibilidad que va conociendo y controlando, de un amor que sigue afanosamente buscando en las profundidades reales de un sueño vital. Y en la búsqueda descubre pequeñas verdades que asume con fruición como un pequeño tesoro que alimenta su alma, porque la vida sólo tiene sentido si en cada momento la asumes como verdad que crece y no quiere tener fin.

He ido descubriendo en ella un corazón joven, muy vital y persistente, sincero, acogedor y , sobre todo, que percibe con claridad los sentimientos del otro sin necesidad de palabras o gestos. Quizá por eso nunca ha aceptado la hipocresía como medio directo o indirecto de relación social. Se le notaría demasiado. Con su forma de ser contribuyó no poco a configurar ese Segundo de BUP que tan profundamente ha marcado mi labor de tutor.

DEJARSE QUERER

Había estado callando un dolor profundo, que le rompía por dentro. Sabía ser fuerte. Había aprendido...de la vida. Su rostro hasta ahora impasible mostraba cuán fácilmente podía ocultar el sufrir. Estaba acostumbrado...Pero, ¿cómo?. Si apenas tenía todavía edad para conocer a las personas...Si todavía podía estar jugando con esos juguetes que los Reyes seguían trayendo a sus compañeros...

Y te fijas en él. Más que impasibilidad, su cara no tiene expresión. Te das cuenta que no lo has visto reír ni sonreír. Es la rigidez del hielo, de esa capa ancha, gruesa, que impide que te acerques a él. Desconfía. Le hablan de amistad, de familia y son como gotas que resbalan sin profundizar. No ha descubierto el amor, su tibieza, la que necesitaría para fundir los fríos cristales de su mejillas, la que haría posible descubrir su auténtico rostro, el que reflejara un corazón aún por latir, ese estímulo que hace que la vida se te aparezca y de color a tu mirada.

Y no hay amor en unos ojos tristes, lánguidos, que miran hacia abajo cuando quieres que se crucen con los tuyos. Y no es vergüenza, sino temor, temor a que descubran en sus pupilas reflejos de otras miradas...no tangibles, miradas de incompreensión, de odio, de lágrimas contenidas...que no quiere hacer tuyas...Pero lo vive....Y le duele.

Pero aquella mañana, de improviso, su tormenta interior estalló...Fue una sacudida tremenda, que estremeció su cuerpo en grandes convulsiones incontroladas, frenéticas...largo tiempo esperadas...Miradas de sorpresa, de cierto temor de unos compañeros que quizá por vez primera habían reparado en él, a pesar de tantos años...

Estábamos en una dinámica de oración. Lo recuerdo bien. Para muchos era una experiencia nueva...distinta...Formando un ancho círculo, teníamos las manos unidas. Allí no había más imágenes de Dios que nosotros...Y parecían notar su presencia de Padre cuando pedían por quienes sufrían, pasaban necesidad...Había silencio...Y resultaba un tanto extraño...Nadie les había mandado callar...Y bien que habían hablado pocos instantes antes...Comenzamos el padrenuestro, pero...no. Apenas decir las dos



primeras palabras, algo interrumpió aquella plegaria. Era Jesús.

No pudo más. Rompió a llorar como nunca había conocido. Lloraba como el niño que nunca se atrevió a ser...que no le dejaron ser...Y en su llanto un pequeño reproche...¡Yo sí que sufro! ¿Sabéis lo que es vivir sin un padre?. Sonó el timbre de salida. Con rostros de preocupación fueron saliendo en corros comentando la experiencia del compañero. Algunos se acercaron a él. Intentaron consolarle...pero no era posible...No sabían cómo. Apenas habían hablado con él. Parecía vivir en otro mundo. Su rostro nunca les había dicho nada...

Sin embargo, sí...Algo notaban distinto en su semblante. Aquellas lágrimas que brotaban sin sentido de sus ojos iban descubriéndole un nuevo rostro, más humano, más cálido, en donde sí podía cincelarse una caricia, una palabra amistosa...No resbalaban en el frío hielo porque no lo había ya...Se había fundido con el calor de unas lágrimas...porque se estaba dejando querer. Había descubierto que era digno de afecto, que lo necesitaba....

Le miré a los ojos y me vi reflejado en su mirada. No los había bajado. Dejó de tener miedo de esas otras miradas familiares que sembraron en él aquella frialdad e indiferencia. Aquel sufrimiento le impedía sentir, dejarse querer y...atreverse a amar. Sí. ¿Por qué no?. Merecía la pena. Su padre ya no podría volver con él, pero su cariño lo sabría encontrar en otros : esa mano amiga, ese abrazo de consuelo...como la de estos compañeros a los que descubrió como amigos...y aquella palabra le parecía un sueño...Y no había hecho nada por merecer aquello. Sólo llorar, manifestarse como era...sin saberlo.

Ahora necesitaba hablar, desahogarse, poder liberar su alma de niño de tanta angustia contenida. Y descubres una historia cotidiana de dolor y sinsabores, de una familia rota, de una madre lejana...De una existencia de prestado en casa de parientes que se sienten obligados...Y te sientes responsable sin serlo...de este chico que se sincera contigo...que vuelve a ser el chico de 12 años que nunca debió de dejar ser. Y lo nota. Le das una palmada en el hombro y se siente feliz...Esboza un rictus, que quizá quiera dibujar una sonrisa.

Tendrá que volver a "su" casa. Pero ya no le da igual. Al menos ha sabido expresar lo que siente. Al menos ha descubierto una incipiente amistad, que le ha dado un rostro nuevo, una expresión, sí, aunque triste...pero que ha atraído hacia él un sentir que ha tomado como suyo...

LA MASCARA DEL DOLOR

Durante toda la semana se había estado preparando en tutoría la elección de delegado, pues era consciente de la importancia que tenía para la marcha de un curso, la relación con los profesores y la propia dinámica de un grupo. Necesitaba encontrar con ellos una persona con el suficiente carisma para ganarse la confianza y el respeto de sus compañeros y, a la vez, que afrontara la responsabilidad de representar a la clase. Los sondeos previos resultaron muy clarificadores, pero a la hora de la presentación oficial de candidatos nadie quería dar el primer paso salvo un chico, cuyo nombre había sido aupado de una manera un tanto irresponsable por el reducido grupo de compañeros, pues la inmensa mayoría de la clase eran chicas. Tuve que ponerme muy serio y, agradeciéndole el gesto, dirigí un velado mensaje cargado de ironía a este grupo, que, quizá por su aparente actitud de indiferencia y pasotismo, centré en uno de ellos, David.

La paciencia me salvó de cometer un error que podía haber tenido graves consecuencias porque un tutor no debe nunca prejuzgar a nadie, pues es preciso conocer primero a la persona. Cuando comencé mi ronda de entrevistas con cada uno de mis alumnos, ellos fueron de los primeros. Me dieron una gran sorpresa y una gran alegría por su calidad excepcional de personas, por su sensibilidad y carácter



dialogante...pero también me di cuenta de la necesidad que sentían de afecto y comprensión.

En David su actitud de aparente indiferencia en clase, incluso cuando tratábamos de temas que suscitaban un interés generalizado en sus compañeros, me hicieron más de una vez llamarle la atención. En una de ellas, ante una insinuación con cierta ironía, se sintió ofendido y me manifestó claramente que estaba equivocado con él. Para mí fue toda una sorpresa porque esperaba un silencio o una disculpa evasiva. Me di cuenta de que podía estar juzgándolo mal. Le pedí perdón delante de todos. Me brotó sinceramente de dentro. Aquel gesto me hizo ganar su confianza y mucho más de lo que entonces supuse.

Durante el recreo lo llamé para la entrevista tutorial, que ambos presuponíamos breve, pero que se prolongó casi una hora. Tras los saludos y las primeras respuestas un tanto evasivas, se fue creando un ambiente cordial y distendido en el que David comenzaba a sentirse él mismo, sin falsas máscaras de prevención, que la propia vida inducía a llevarla bien cerca de su piel...y de su corazón.

Poco a poco descubría al verdadero David, sin la arrogancia que a veces manifestaba en clase, sin la mirada perdida que tanto me molestaba, sin, en fin,...esa imagen falsa, estudiada a conciencia, para impedir que nadie llegara a su verdadero yo, un yo que pudiera ser vulnerable como había descubierto alguna vez en su vida. En la entrevista vi a un chico sincero, franco, leal, un poco rebelde, muy sensible y con unos deseos inmensos de sentirse querido, comprendido por los demás.

Cuando adquiere un mínimo de confianza, se muestra seguro y dominador de la situación, abierto, comprensivo y tremendamente locuaz. Sin que prácticamente le tuviera que formular ninguna pregunta se sinceró conmigo sobre el por qué de su aparente actitud distante y evasiva con los demás. Había dos causas interrelacionadas: Por un lado, su escasa motivación por los estudios emprendidos, ya que su intención era cursar otra rama profesional, pero no existían plazas...En función de eso, era capaz de percibir más allá de la dinámica propia de las clases que suelen centrar toda la atención de los alumnos, una cierta frialdad y superficialidad entre los compañeros y profesores, absorbidos en demasía por el sistema. En este sentido, cuando le pregunté qué valoraba más en el instituto, respondió sin dudar: la simpatía, la presencia cercana, la actitud dialogante.

Conforme me respondía, trataba de ir replanteando la entrevista hacia una dimensión más personal, más profunda, acercándome a la persona más que al alumno. A David no le interesaban los estudios salvo por el hecho de que tenía que mantenerse activo, de no perder la dinámica del trabajo académico y la necesidad de conseguir una titulación que pudiera abrirle algunas puertas.

Pero no eran estas las únicas razones para explicar su actitud y su escasa disponibilidad para el estudio. Una preocupación minaba de manera constante su espíritu. La propia incompreensión hacia los demás nacía de un corazón herido por la incompreensión de sus seres más cercanos, sus padres, que sistemáticamente iban anulándole todas sus iniciativas de tratar de ser él mismo, de crearse una personalidad propia, de tener fe en sus posibilidades. Y no podía enfrentarse a ellos, era superior a él...,aun que lo intentó...varias veces.

¡Qué grandes misterios ocultan a veces la persona de un adolescente!. Con qué facilidad tendemos los profesores a uniformar sin más a nuestros alumnos en unos determinados marcos de referencia, estereotipando su personalidad, sus motivaciones, sus problemas. En David no se percibe esa angustia que le domina ahora cuando me habla con una sinceridad que impacta y duele porque la manifiesta con amargura. Es una amargura que quiere no ser negrura, desesperanza, pero sus intentos de esbozar una sonrisa de conformismo se convierten en una mueca agri dulce. Intentó abandonar su casa, dejar a su familia. Una noche estuvo vagando por las calles, sin rumbo fijo, pensando en no volver. Pero sus propios pasos le condujeron de nuevo a su familia. Esperaba sin duda una reacción de afecto, de preocupación por él. Algo que le afirmase una vinculación más allá de lo convencional. Se encontró con una inusitada frialdad, una actitud severa y también una estudiada indiferencia. Si es que hubo angustia por el hijo, no



lo quisieron manifestar. ¿Por qué?.

Me duele notar esa altivez cuando ha terminado de contarlo. Su actitud de endurecer su corazón parece la única posibilidad de sobrellevar el dolor. Pero no es una persona distante, sabe acercarse a los demás, ha adquirido una progresiva madurez venciendo a sí mismo, ha comprendido que para crear confianza hay que ir dando pasos, tomando la iniciativa. La prueba más palpable es su trabajo como Monitor de campamentos, una auténtica vocación que ilumina su vida y que ha conseguido por sus propios medios. Ha descubierto sin duda su yo más auténtico. Está deseando que sean las seis de la tarde de los viernes para ir a las reuniones de formación. Allí sí siente que se prepara para la vida, no en el instituto, que necesita para mantenerse activo, por obtener una titulación. Y esa vida que quiere la ha descubierto sintiéndose útil a los demás. Su rostro se encendía cuando hablaba de los niños del campamento. Quería a esos chicos. Su expresión se dulcificaba. Con ellos había redescubierto la confianza, la ingenua amistad infantil, el afecto, la ternura, el acompañamiento... Y él lo daba con toda la fuerza de quien ahora no lo sentía entre sus naturales afectos. Y aquello le hacía crecer por dentro. Le iba otorgando otra seguridad que no nacía de un vencimiento del yo, sino de una convicción profunda.

Había que despedirse. Era ya bastante tarde. Como a todos, me ofrecí incondicionalmente para lo que pudiera necesitar, con toda confianza y él, para mi sorpresa, se brindó a prestarme su ayuda. Si ya no hubiera quedado clara, su calidad humana era definida en un gesto que era sincero y leal. Así es la amistad. Está claro que contaré con la suya.

DESCUBRIR EL AMOR

Tenía la frescura de una chica que recién estrena su adolescencia: alegre, vivaracha, muy atenta y receptiva en la clase. Parecía como si una desconocida fuerza interior le insuflara energía a su menudo cuerpo, que no aparentaba más de 14 ó 15 años. Pero la notabas diferente a esos compañeros que se sentaban a su lado a la hora de plantear una pregunta o de contestar cuando se les pedía su opinión personal. Frente a respuestas evasivas, poco meditadas, ella te hablaba con convicción, como si la respaldara toda una experiencia de vida.

Ibas descubriendo valores no usuales en una chica de Primero durante algunas conversaciones tras la clase, una sinceridad abierta y limpia que hacía que, con el mayor desparpajo, te hablara de cuestiones tanto de estudios como personales. Había en ella un gran afán de superación y una como renacida ilusión por todo lo que emprendía.

No obstante, a los pocos días, en clase, la encontré muy distinta, aislada, ausente, triste. Otras veces los compañeros le hacían alguna jugarreta inocente, aprovechándose de su forma de ser, pero ahora era diferente. La verdad es que cuando les pregunté sobre el tema, no sólo lo negaron sino que se dieron cuenta de la situación de su compañera y trataron de animarla, pero estaba claro que era algo personal. Cuando terminó la clase, no me quiso dar muchas explicaciones, pero, preocupado, me ofrecí para ayudarla en lo que pudiera necesitar. Dibujó una tímida sonrisa y, mirándome a los ojos, me dio las gracias.

Transcurridos algunos días me recordó la invitación y buscamos un momento para hablar en la tutoría, aunque no me correspondía esa función respecto a ella. Lo que me fue narrando a modo de antecedente constituía una dolorosa experiencia de vida que desde entonces la marcó profundamente, sumiéndola en un pozo negro de tristeza y soledad: el padre con problemas de alcoholismo, la inevitable separación, el nuevo compañero de una madre que quería rehacer su vida, y, por fin tras un infierno de varios años, un período de estabilidad que ha ido posibilitando la recuperación de un hogar deshecho.



No tenía 15 años, sino 18. No los aparentaba en absoluto. Ahora me explicaba muchas cosas. Ella trataba con su renacida ilusión de recuperar esos 15 que le arrebató una tremenda depresión que la tenía apartada en su casa, sin salir, sin relacionarse con nadie. En la edad del primer amor, conoció el horror del abandono, del odio, del rencor. Llegó a olvidar esa experiencia de cariño y afecto de un hogar, las confidencias de ingenua amistad de los adolescentes y se perdió las primeras caricias llenas de temor y pasión de un chico que empieza a descubrir el encanto seductor de una relación de pareja.

Desde lo más profundo de su alma ansiaba amar, darse a alguien con toda la fuerza de su desesperada soledad, pero también necesitaba sentir el cariño y la comprensión que la sacara de su encierro. Poco a poco fue cobrando ánimos y se decidió a compartir su problema con otros. Incluso se atrevió a escribir a una revista para recibir correspondencia de personas que quisieran mantener con ella una amistad por carta.

Pronto recibió varias con problemas parecidos a ella, que la animaron mucho. La carta era un medio ideal para ir recobrando la confianza perdida en las personas. Salvaguardaba en parte la experiencia de encuentros directos, de impresiones visuales, proporcionaba la seguridad suficiente para franquearte más desde dentro, sin los prejuicios de la presencia física. Con el paso del tiempo, algunas de estas personas llegaron muy profundamente a su corazón. A unas, que manifestaban problemas muy graves de soledad y marginación, procuraba darles toda su comprensión y cariño, pero con un cierto temor porque sentía que una posible identificación con su dolor podía aumentar el suyo. A otras, sobre todo a una chica manchega, que se ofreció incondicionalmente a escucharla y animarla, le entregó su corazón. Se sentía una mujer renacida cuando leía sus cartas, llenas de ternura y comprensión. Las confidencias eran continuas percibiendo una sensación asombrosamente nueva de felicidad, que nunca pensó pudiera llegar a conocer.

Esta experiencia fue para ella un auténtico descubrimiento del Amor, con mayúsculas, que creía perdido años atrás tras una adolescencia truncada. No sabía como racionalizarla, aunque estaba claro que ensanchaba su corazón, pues los modelos que conocía no se ajustaban a su sentir. Una confidencia casual con una de las amigas con quienes se carteaba y que vivía una relación un tanto atormentada de lesbianismo, le hizo dudar y oscureció en adelante esa su entrañable amistad. Su preocupación le hizo buscar unos nuevos moldes a ese amor naciente planteándolo como un enamoramiento, que al poco tiempo le confidenciaba a su amiga. La respuesta fue sensata y cariñosa, tratando de desterrar de su mente y su corazón lo que no era sino una falsa percepción de una amistad sincera y profunda.

Pero todo esto la había dejado muy pensativa, aislándola de los demás cuando más necesitaba integrarse entre sus nuevos compañeros de instituto. Pero su aparente tristeza no la motivaba su relación de amistad sino ese prejuicio que alguien infundió en su alma, territorio virgen de afectos, y amenazaba la pureza e ingenuidad del amor con una condición sexual que no comprendía, pero que se daba cuenta que no podía ser una expresión válida para ella pues el sólo pensarlo le interrumpía ese crecimiento personal que alentaba su amistad entrañable con la chica manchega.

Conforme la escuchaba, me daba cuenta de su inquietud, pero a la vez percibía que ella misma había encontrado las vías de solución a su problema. Más que aconsejarle, le fui preguntando por sus sentimientos, por ese amor que la animaba a ser más persona y a trabajar por preparar un porvenir profesional, olvidando oscuridades pasadas y le hice ver que lo que en ella se ha dado es un descubrimiento hermoso del amor, de experimentar que alguien te comprende y te quiere y al amor no hay que ponerles adjetivos. Iba recobrando el ánimo, y volviendo poco a poco la luz a sus ojos apagados.

Sonó el timbre y ambos nos incorporamos a las clases. Se sentía reafirmada en sus convicciones. Su corazón volvía a latir como antes. Poco después me comentó que quizá en Navidad podría conocer por fin personalmente a su amiga. En la clase iba poco a poco integrándose con sus compañeros. Sus ilusiones y ganas de vivir la hacían de nuevo renacer a esos quince años que se abrían de par en par en



su vida.

AMISTAD Y AMOR

Se le resisten los estudios. Resultan interminables las horas y horas pasadas frente a páginas sin sentido con la angustia de no poder retenerlas en la memoria. En su mente se dibujan otras páginas...no impresas en tinta...sino empapadas de vida, de una vida que bulle en su interior, queriendo salir a encontrarse con esa otra más allá de los libros...una vida que siente...Sí. La siente...Y, sin embargo, se reprime. ¿por qué?. No sabría explicarlo. Pero se da cuenta de que debe volver...a ese libro. Piensa en sus padres. Aquel libro no dice nada, pero señala un camino...también de vida que hay que preparar. Es necesario, conveniente. Pero...

...No puede concentrarse. Aquel acontecimiento tan reciente todavía bulle en su interior, bloquea su mente, anula su voluntad. Necesita contarlo, aunque duda. Varias veces ha estado a punto de hacerlo..Le cuesta. Finalmente se ha decidido. Siente que puede confiar en mí. Traté de crear un ambiente adecuado, sin forzar las palabras, dejando que fueran saliendo como las sentía. Un tímido sol quería abrirse paso entre la bruma de la mañana que comenzaba. Ambos lo miramos y descubrimos en su aparición esa atmósfera que quería ser cálida y sincera. Fui descubriendo en aquella confidencia a una chica excepcional, generosa, que cree incondicionalmente en la amistad y lucha por conservarla...En ella se ha ido construyendo como persona, ha aprendido lo que significa darse a los demás...y se siente inmensamente llena de experiencias que la han hecho feliz.

Me ha hablado de sus amigos, de ese grupo con el que ha encontrado una sintonía especial, del que se siente responsable, por el que ha luchado...Se hace especialmente sensible ante cualquier roce y lo vive como si de ella misma se tratara. Sabe acercarse a las personas y gana su confianza. Es capaz de crear en torno a cualquier relación un clima especial de cercanía, de afecto, que nace de esa gran ternura que atesora en su corazón y no se reprime en dar porque lo necesita. Le sale de dentro. Me doy cuenta ahora. La he mirado a los ojos. Comprendo lo que quiere decir. Es una persona entrañable.

Pero ese afecto sincero, entrañable con que se daba a los demás hizo nacer en aquel amigo un sentimiento de cariño especial, de amor, porque así lo sentía, hacia ella. No era un impulso pasajero, sino la certeza de haber encontrado a alguien especial que lo comprendía... y lo hacía feliz. Tras unas tentativas, confidencias entre amigos, insinuaciones se atrevió a declarar su amor, a intentar un camino juntos para conocerse, intimar. Lo había sentido, pero esperaba que no tomara aquella determinación. Había tratado de hacérselo notar con mucho tacto. Pero últimamente se veían en grupo más a menudo. Fue inevitable. Apreciaba a aquel chico por su bondad natural, su ingenuidad y por ese corazón generoso que le brindaba compartir, pero nunca lo había sentido como algo más que un amigo. Dudaba en decírselo, pues no quería lastimarlo. Conocía por experiencia de amigas, confidencias en voz baja lo que suponía un rechazo, la tristeza, la decepción. Dudaba. Aquello que sentía no podía ser nada más. Lo hubiera notado. A veces había creído intuirlo en una mirada, un gesto, pero en su corazón sabía que ese amor distinto al de la amistad, el que hace vibrar por dentro, el que te hace soñar despierto con una felicidad que te llena y te sostiene...no había llegado..aunque lo esperaba.

No estaba segura de que entendiera que no estaba preparada para aquello, que quería descubrir por sí misma esa otra amistad más profunda, que quizá podía ser con él...con el tiempo.

El chico apremiaba...Su sentido de la responsabilidad para con el amigo le angustiaba. Sentía la necesidad de ser sincera consigo misma y con él. Era también su vida...Debía afrontarlo. Su rostro se ensombrecía. Aquellos ojos reflejaban tristeza...Los estudios también se iban resintiendo. No se había atrevido a contárselo a sus padres. Era algo...muy personal.



Ella misma, poco a poco, fue vislumbrando el camino a seguir. No hacían falta palabras. Pudieran sonar un poco a superficiales. Sólo, a veces, le pedía que mirara a su corazón, que descubriera en él lo que significaba ese cariño con el que se daba a los demás, ese interés que se tomaba por buscar su felicidad en otros...y como no se podía permitir no ser sincera, auténtica. El amor llegaría. Y sabría acogerlo, cuidarlo, hacer sentir a esa otra persona el calor de otro afecto, más profundo, más intenso y, a la vez, tendría la experiencia única de verse acogida en él al sentirse correspondida. Pero al amor sólo se podía llegar por el camino de la verdad. Tenía que ser sincera. Sólo así podía encontrarlo. Y en ese camino no podía dejar estelas de hipocresía. En la verdad resplandece el verdadero rostro de las personas. Así vi entonces a Paula. Se iba haciendo tarde. Nos despedimos...hasta pronto.

Al final, una decisión...aunque la quiso retardar más...y más.... Decírselo no la hizo feliz. Sé que tuvo que vencerse a sí misma. Fue al final de una de las actividades del grupo. Los demás se habían adelantado y ambos quedaron solos. Le apretaba la mano como queriéndole transmitir su aliento de amiga, su inquebrantable lealtad, porque lealtad era serle sincera, abierta, sin hipocresías o medias verdades que tanto daño hacen.

... No quería hacerle sufrir. No sé si el chico comprendió que le estaba abriendo su corazón como pocas veces lo había hecho a nadie. No sé si comprendió que en ese momento de su vida era lo más auténtico que su corazón podía dar a cualquiera. Quiero pensar que sí porque, junto al dolor, a la desesperanza de una ilusión profunda, siguió encontrando en ella ese corazón cercano, con el que siempre podría contar.

Volvió poco a poco a sentirse mejor, más animada, pero también más consciente de que la vida y las personas son una aventura arriesgada, que producen, a veces, heridas que, aunque curten, pueden dejar cicatrices, que ser feliz es todo un riesgo que no te afecta a ti sólo...pero también que, a pesar de todo, merece la pena.

La volvía a encontrar la otra tarde en una parada de autobús. Me saludó con mucho cariño y sentí que de nuevo había recobrado todas sus ilusiones, dispuestas a seguirlas compartiendo. Hablamos mucho y de muchas cosas. Todavía le seguía costando concentrarse en aquellos libros...sin sentido, pero iba siendo capaz de comprender más allá de lo inmediato. Sabía que podía esperar. Ahora era feliz. Notaba con ella esa sintonía que había observado en tantas ocasiones con sus amigos, en reuniones de grupo. Me sentí invadido yo también por ese clima de confianza que irradiaba en su mirada. Fue extraño pero experimenté la sensación de conocerla de siempre, me descubrí hablándole de mi vida...como otras veces había hecho ella conmigo. Invitaba a la confianza. Ahora la había sentido en mí. Tras despedirnos, la tarde oscurecía. Pero su luz, y entonces no quise verlo como una metáfora, seguía brillando en esta chica, como aquel sol que entre la bruma de la mañana, descubría tímidamente toda su fuerza.



ITINERARIOS PROPIOS



MIEDO A EQUIVOCARSE

Una sonrisa constante es lo único que resaltaba en su continuo silencio. Entre los murmullos y los ruidos de las discusiones, Héctor se encontraba ausente, atento pero ausente. Su discusión era interior y con él mismo. Una y otra vez se repetía: habla, habla... Siempre permanecía de pie, escuchando. De vez en cuando dejaba descansar la sonrisa y su rostro cambiaba completamente ante las risas de sus compañeros, que podían ver como el color de la sonrisa en las mejillas se extendía hacia toda la cara. Él solía agachar la cabeza y disimulaba.

Yo sabía que era una persona con grandes ideales y grandes planes de futuro que, a menudo, veía imposibles de realizar por no ser capaz incluso ni de dirigir su propia vida. Era una persona guiada por los demás. Era capaz de hacer cosas que a él quizá no le gustaban, pero así demostraba que era igual al resto de sus amigos. Sólo sabía escuchar palabras de consejos e incluso esos consejos se llegaban a convertir en órdenes: no tomaba sus propias decisiones, no tenía iniciativa, nunca comenzaba algo sin antes escuchar la opinión de otros. Su débil voluntad le convertía en marioneta manejada por todos, quizá con buenos propósitos... pero esto no le hacía feliz.

Era un chico tranquilo que mantenía una buena relación con sus padres. Estudiaba y solía salir los fines de semana con sus amigos. En cada clase podía vérselo siempre con buen ánimo, eso sí, nunca estaba solo y no es que no hablara, no, pero son esos momentos en los que hay que tomar pequeñas decisiones, los que después te van a ayudar para enfrentarte al mundo de fuera, que es muy diferente al mundo que vivimos ahora la juventud. Y en estos momentos era en los que Héctor se encontraba invadido por las dudas. Siempre esperaba a que alguien tomara una decisión para, de esta manera, él aceptarlas y evitar los momentos comprometidos.

Nunca antes se había planteado la posibilidad de hablar ante un auditorio numeroso sin que ello conllevara a dejarle "cortado" o hacerle sentir culpable de lo que ha hecho. Siempre había preferido quedarse callado a decir lo que pensaba por temor a equivocarse. Pero fue él mismo quien poco a poco se fue dando cuenta de que para ser alguien en la vida y te tomen como tal, debes mostrar que estás ahí y que eres capaz de tomar tus propias decisiones, aunque eso suponga romper con los esquemas establecidos por otras personas o incluso con los tuyos mismos.

El miedo a la posible reacción u opinión que alguien tome de ti por lo que hayas dicho o puedas llegar a decir te hace vacilar en esos momentos en los que necesita desahogarse, expresar todo lo que sientes, ponerte a gritar y decirles a todos: ¡Eh!, que estoy aquí y que no pienso quedarme callado. Son momentos como estos los que te hacen pensar y llegas a la conclusión de que no quieres seguir siendo ese títere fácil de influir y débil de voluntad. Quieres coger tú mismo los hilos de tu vida y orientarlos hacia el camino que te haga más feliz. Esto no quiere decir que en el camino de esta felicidad no tropieces, claro que vas a tropezar y no una vez, sino dos, tres... o las que hagan falta porque en cada caída vas a ir aprendiendo y vas a levantarte todavía con más coraje, a la espera de otra oportunidad similar para no volver a caer y descargar todo ese coraje. Si quieres que te tomen en serio, debes actuar en serio.

Ese día se le notaba diferente. Como cualquier otro día, Héctor llegó a su primera hora de clase, pero esta vez su mirada era distinta, su sonrisa... Él era distinto. En su rostro podía observarse una satisfacción plena, inmersa en esa sonrisa que le caracterizaba. Por su mente en ese momento pasaban infinidad de pensamientos y situaciones en los que se había visto envuelto sin saber como salir por su propia voluntad: ahí se veía él, invadido por el tema que le impedía decir todo lo que guardaba con coraje en su interior. Su inocencia e ingenuidad se había ganado muchos corazones, pero en ciertas ocasiones esa ingenuidad la había jugado malas pasadas.

Las clases transcurrían con normalidad, con la misma tensión que se respira un viernes. Todos



hablaban de sus planes para el fin de semana, sus citas...A la salida, Héctor, como de costumbre, había quedado con sus amigos para ir a tomar algo y planear el fin de semana. Para él todas estas reuniones eran siempre lo mismo. En el camino hacia la cafetería, el tema de la conversación eran los exámenes, las notas, que si tal profesor...interrumpido de vez en cuando por la misma pregunta:"¿Te pasa algo, Héctor?". "No, nada" contestaba con una sonrisa, pero su tremenda satisfacción era imposible de ocultarse, le rebosaba por todo el cuerpo. Estaba nervioso y feliz, feliz porque había dejado de discutir consigo mismo. Sentía que toda su vida iba a dar un cambio muy importante tan sólo por un pequeño paso. Por un momento le vino a la mente las imágenes del hombre en la luna y aquella frase tan famosa: "Un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad"...

Entraron en la cafetería y después de haber pedido todos, se volvió a retomar la conversación. El ambiente se notaba caldeado. Pronto empezaron las discusiones entre unos y otros. El círculo se iba cerrando cada vez más dejando a Héctor en una esquina. Ellos ya sabían que se acomodaría a la decisión de los demás, y la culpa de esto sólo la tenía él. Sentía como una fuerza superior le impedía negar algo con rotundidad, para evitar dar explicaciones. No era dueño de su propia voluntad. Tenía miedo a equivocarse.

De momento el silencio rompió en aquel lugar y todas las miradas tenían un punto en común: Héctor. Ninguno podía creer lo que habían escuchado: una sola palabra, una sola palabra había conseguido reunir las miradas de todo un grupo: NO. Héctor estaba de pie y esta vez no sonreía. Se le notaba calmado, tranquilo. Sentía como su espíritu había alcanzado el poder de la dominación. Tenía los hilos de su vida en la mano. Volvió a sentarse y continuó hablando: De nuevo el silencio se rompió y las discusiones volvieron a llenar el ambiente de aquella cafetería, pero esta vez esas discusiones tenían un interlocutor más, Héctor.

Y fue esta pequeña decisión la que le marcó para toda la vida y es que no hay nada más satisfactorio que ser dueño de su propia existencia. Todos guardamos en nuestro interior un poco de Héctor y son situaciones como estas las que te hacen recapacitar y llegas a la conclusión de que hay momentos en los que tienes que tomar decisiones aunque ello suponga, a veces, el equivocarte: Sólo el que no hace nada, no se equivoca.

VIVIR AL LIMITE

De vez en cuando todos necesitamos huir de lo que nos rodea y escapar de la monotonía cotidiana, del fastidio diario de clases y profesores. Los nervios de los exámenes y las noches sin dormir a base de café y libros tampoco ayudan mucho.

Un pequeño paseo a la luz rojiza del atardecer me ayuda a calmarme un poco y a pensar en como seguir adelante. Hay momentos en los que me siento asfixiada, me entran ganas de acabar con todo de un tirón. ¡Si fuese posible!. Mañana habrá que enfrentarse de nuevo a las matemáticas, a ese compañero al que no trago o al imbécil de turno que nunca para de meterse con todo el mundo, como si él fuese el ser más perfecto, cuando realmente "no vale un duro", ni siquiera como persona. Nunca sabrá cuanto daño ha podido llegar a hacer con una sola de sus palabras o cuantas ilusiones ha podido destruir con esa maldita ironía que pretende ser graciosa.

Pero al menos podré considerarlo un mal menor. Siempre recordaré los paseos en el recreo o los buenos ratos que pasé con esa pequeña pandilla que solíamos formar y que sólo se veía en las horas de colegio. Suelen decir que las buenas amistades no comienzan en estos años, pero lo cierto es que siempre se tiene a esa persona a la que se lo cuentas todo y que te lo cuenta todo a ti.



Ser joven no es fácil, y si no, que se lo pregunten a los mayores. ¡Qué fácil es decir que lo hacen todo por nuestro bien!, tal vez, de vez en cuando, muy de vez en cuando, merecería la pena que hablasen con nosotros y nos preguntasen qué es lo que realmente deseamos. Yo, al menos, sé que puedo hablar a veces con mi padre, aunque sería mucho más fácil si estuviera más dispuesto a escucharme y comprenderme de lo que lo está. Reconozco, no obstante, que en cuanto a disposición de diálogo su postura es, con mucho, la mejor que conozco. Aun así los que más y los que menos regañan, discuten, o, lo que es peor, acaban apelando a tu conciencia. ¿Quien se atrevería a contradecirles en eso?. Pero lo peor no es eso. Lo peor es lo que se oye de cuando en cuando por la calle, que te dan ganas de darte la vuelta y soltarle un par de verdades al "adulto" que ha expresado su "modesta" opinión sobre los jóvenes en voz alta.

Hay un tema en concreto del que se habla de forma despectiva la mayoría de las veces y es que la anorexia suele asociarse con "ganas de llamar la atención" o cosas por el estilo. Pero puedo decir por experiencia que no, aunque empiece como una tontería, un insulto de sobra en el colegio, o cualquier otra cosa así.

En el caso de mi amiga no fue eso en concreto. Ella solía sacar buenas notas en el colegio. La verdad es que no le disgustaba demasiado el estudiar, aunque como a todos nos pasa, preferiría no tener que hacerlo. Realmente era tímida, muy tímida y no tenía una autoestima muy brillante. Se consideraba más bien en poco y el más mínimo problema podía degenerar en un drama. Es duro ser el blanco de todas las bromas, y más duro aún no ser capaz de tomárselo con filosofía.

En casa, mejor no hablar. Tenía bastante miedo a sus padres. Ellos decían estar abiertos al diálogo, pero es complicado hacer entender lo que se piensa a quien cree más o menos predispuesto a no intentar comprenderte. No sabía como reaccionarían sus padres cuando ella les hablase de temas en los que no estaba de acuerdo con ellos. Así que tomó el camino que le pareció más fácil: no decirles nada.

Pero si te decides a no hablar, debes cerrar la boca para siempre, y toda persona tiene un límite de aguante. Lo pasaba realmente mal en el instituto. Creía que todos pretendían herirla, así que optó por no dar su confianza a nadie ya que de esta manera evitaba que pudiesen darle "palos", pero al mismo tiempo, cerraba toda vía de ayuda. Además existen ese tipo de personas a las que les gusta aprovecharse de la debilidad de los demás para hacer daño, y cuanto más mejor. Ir al instituto cada mañana era la peor tortura. Así que se cerró en sí misma e intentó buscar en los libros la compañía que ella misma se negaba.

En casa estaba llegando al límite, desfogaba en su familia toda la rabia acumulada durante el día, y a la vez que lo hacía se odiaba a sí misma por ello. Con sus padres cada palabra era como un reproche. Ella se mostraba irascible y ellos optaban por una actitud parecida ya que no entendían lo que le estaba sucediendo a su hija. La regañaban en ocasiones por cosas que ella no había hecho, pero no trataba siquiera de hablar para defenderse. Y cuando ya desesperados le pedían que hablase con ellos, bajaba los ojos y se iba, dejándolos desconcertados. Y aunque se moría por contar a gritos lo que la estaba pasando, seguía callada ya que había optado por hacerlo.

Mientras, la falta de sueño y el estudio hacían estragos en su cuerpo, antes quizá un poco rellenito. Cada vez tenía menos apetito y casi no comía, pero cuando lo hacía se miraba al espejo y lloraba al observar una cara que para ella era gorda. Así que decidió comenzar una especie de régimen. Como estaba algo rellenita, a su madre no le importó demasiado que no comiese pan o que prefiriese la fruta a los pasteles o el chocolate. Pero cuando empezó a adelgazar, le dijo que ya era suficiente y, como otras veces, le explicó sus razones. Mas para entonces ella ya no confiaba en nadie y pensó que a su madre le daba lo mismo si ella estaba gorda o no. Así que comía más o menos lo que todo el mundo, pero cuando acababa de comer, se iba al cuarto de baño y devolvía entre lágrimas lo que había comido, autocompadeciéndose a sí misma.



Y eso no solucionaba el problema en absoluto. Cada vez estaba más nerviosa y aguantaba menos a todo el mundo. Llegó a perder la hermosa amistad que había existido hasta entonces con su madre, y cada vez se sentía más desgraciada. Adelgazó tanto que toda su ropa le quedaba demasiado grande e incluso llegó a tener problemas de salud. Pero no hacía caso a nadie y continuaba compadeciéndose de sí misma y callando, manteniendo un silencio que la corroía por dentro y hacía que el odio hacia sí misma aumentase más y más.

Al final sucedió lo que tenía que ocurrir y una persona se dio cuenta de lo que estaba pasando y la obligó a hablar con sus padres. No fueron ellos ya que la querían demasiado para creerlo, aunque ya lo sospechaban. Le costó sudor y lágrimas enfrentarse a sus padre y decirles que no comía realmente desde hacía mucho tiempo. Le costó más aún porque se dio cuenta de que sus padres habían estado siempre dispuestos a escucharla. Y le dolió ver que estaba muy equivocada y que se había hecho daño por no pedir una ayuda que, sin duda, le hubieran otorgado.

Poco a poco se fue recuperando y consiguió adquirir de nuevo la confianza que sus padres siempre habían tenido en ella. Con ayuda de quienes la querían logró salir de un túnel en el que, gracias a Dios, quedó tan sólo en la entrada. Esta amiga no llegó a estar realmente enferma, o al menos, eso pensamos los que le tenemos cariño, y fue capaz de terminar por sí misma un problema que empezó siendo más bien tonto y que pudo acabar siendo verdaderamente serio.

Ahora vuelve a ser amiga de sus padres y no le importa en absoluto hablar con ellos, ya que sabe que aunque no estén de acuerdo con ella, el demostrar sus opiniones no va a significar una regañina o castigo. En su familia sigue siendo un poco histérica, pero así ha sido siempre, aunque todos saben que procura no ofender a nadie y...no volver a ponerse insoportable.

En cuanto al instituto, ya no es el sitio horrible que antes se le antojaba. Ahora lo ve como un lugar que recordará mientras viva, tanto por buenos como por malos recuerdos, pero está segura de que serán más los primeros. Esos chicos que antes la insultaban ya no encuentran tanto placer en hacerlo porque comprenden que ya no le molestará nunca más.

Y yo estoy segura de que ya no considera su vida un desastre, y puedo decirlos que saldrá adelante y será feliz. Creo firmemente que lo conseguirá.

ILUSIÓN DE VERANO

Las ilusiones y el entusiasmo volvían a invadir mi cuerpo. Faltaban ya pocos días para emprender una nueva aventura o quizás la misma aventura, ya que era mi segundo año: aun así quería repetir, volver a sentir lo mismo que el primero, quería estar allí ya, ver a sesenta y cinco viejos compañeros y disfrutar de las mismas alegrías. Los nervios no me abandonaron hasta el último momento. No me lo podía creer. Estábamos allí en la estación de autobuses y pude ver en el rostro de mis compañeros y amigos de toda la vida o, mejor dicho, de los mejores momentos de mi vida, que sentían lo mismo que yo. La despedida con los padres tal vez fue un poco fría. Estábamos deseando emprender ese viaje que duraría quince días y que llenaría de buenos momentos los mejores recuerdos de nuestra vida. Ni diez horas de camino sirvieron para aplacar los nervios. Entre sueño y sueño se comentaban las experiencias del año anterior, conocidas para unos y desconocidas para otros: viejos amigos, actividades, la playa y, como no, los que fueran algo más que amigos. Todos imaginábamos el reencuentro.



Murcia era nuestro destino y ya estábamos allí. A medida que nos acercábamos el cosquilleo en nuestras barrigas iba aumentando, pero era una sensación agradable. Desde Murcia cogimos otro autobús que nos dejó en La Manga y, de aquí, un taxi hasta el campamento: nuestro pequeño sueño de verano lo veíamos realizado.

Después de pagar el taxi no podemos decir que corrimos, pero no fue por falta de ganas, sino porque nuestro pesado equipaje nos lo impedía. Nada más entrar, se percibía algo distinto en el ambiente. Nuestros pasos eran cada vez más cortos. La excitación de volver a descubrir nuevas aventuras en el mismo lugar hacía satisfactoria, pero difícil la llegada.

Al final, como si alguien nos estuviera empujando desde atrás, entramos todos de un golpe. El autobús con el resto de nuestros compañeros ya había llegado. Sólo podíamos verlos a lo lejos con sus equipajes moviéndose de un lado para otro. Parece ser que los nervios contagiaban a toda persona que entrara dentro. Las chicas fueron las primeras en lanzarse corriendo, soltando de un golpe el equipaje en el suelo. Después, poco a poco, nos acercamos nosotros...

Nos derrumbamos todos de una vez: diez horas de camino, meses de espera, cartas, llamadas telefónicas, esperando el reencuentro para, al final, sentirnos traicionados, abandonados; abandonados por esa vieja esperanza de ver a tus antiguos amigos, a tus monitores de otro año...pero este abandono se veía compensado en parte por la alegría que provocó nuestra llegada a varios compañeros del año anterior, pero, ¿dónde estaban ellos?, ¿por qué no habían venido?. ¿Y esos días de tanta amistad, tanta experiencia compartida ya estaban en el olvido?. Nuestra frustración era tan grande que estábamos dispuestos, quizá involuntariamente, a rechazar momentos de entusiasmo en los quince días que nos quedaban sólo por un motivo: desilusión.

Poco a poco nos intentábamos adaptar a la nueva situación y finalmente decidimos que no estábamos dispuestos a tirar por la borda esa oportunidad que se nos había brindado de conocer nuevos amigos y volver a recuperar esa ilusión de verano que ya dábamos por perdida. Todo empezó por una sonrisa, un gesto, un saludo y creció con una nueva sonrisa, un nuevo gesto y un nuevo saludo. El tiempo cada vez pasaba más rápido para nosotros. Ese cariño que nació entre todos fue creciendo con el día a día, con las nuevas experiencias. Ya nos sentíamos cada uno parte de un todo, nos sentíamos fuertes y sabíamos que siempre podíamos contar unos con otros. Eso sí era un verdadero equipo. Y sin querer darnos cuenta el final de esta gran aventura ya había llegado. Intentábamos aferrarnos a la idea de que esto no se iba a acabar, pero es que el tiempo no perdona y nos vimos envueltos por una nube de tristeza: allí estábamos todos de pie, con nuestros equipajes, como al principio, mirándonos unos a otros, pero con una diferencia: la aflicción de volver a dejar viejas aventuras en el mismo lugar hacía dolorosa y difícil la partida. Todo acabó con una sonrisa, un gesto, una lágrima...

Pero, ¿qué más daba?. Pronto pasaría el tiempo y con él llegaría el olvido porque que cierto es que la distancia hace el olvido. Al principio las cartas y llamadas serían muy frecuentes para ir poco a poco dejando trabajar el recuerdo. Esto,,es lo único que nos queda de esos días: buenos recuerdos...y nos seguirán quedando durante toda la vida. Sin embargo, el mejor recuerdo y experiencia que sacamos de todo ello fue aprender a seguir adelante a pesar de todos los inconvenientes que tengas, no dejarte invadir por la frustración y saber llevar a buen fin todos los sueños e ilusiones.

De momento nos vimos solos en medio de un sueño increado por nosotros, pero del cual no conocíamos el final. Y fue la amistad la que nos enseñó el final y acabamos juntos ese sueño. Ya sí podíamos decir que habíamos realizado esa ilusión de verano.

Hoy día esta ilusión sigue siendo parte del recuerdo, esperando la llegada de nuevos amigos y, con ellos, nuevas aventuras, mientras disfrutamos de la vida...y como decía "nuestro amigo" Cicerón: "Vivir



sin amigos no es vivir".

PADRES E HIJOS

Recuerdo pocas cosas de mi niñez a pesar de haber cumplido ya dieciocho años . Sólo son imágenes, pequeños momentos los que aún perduran en mi mente. Cuando era pequeño veía a mis padres como inalcanzables, era como si ellos me observasen desde un pedestal y yo estuviera a ras del suelo, pero la vida va cambiando y también mi forma de verlos.

Aunque sea un tópico, sé que soy obra del amor de mis padres. Por eso estoy aquí y he de agradecerles esto siempre. Se lo debo, pero supongo que nunca podré pagarles. También de ese amor son fruto mis dos hermanos. Ellos son más pequeños que yo. Mi relación con ellos es una relación normal como la que tienen todas aquellas personas que son hermanos: momentos buenos, momentos malos, en fin, como la vida misma. Son completamente diferentes a mí. Es increíble como tres personas que son tan distintas pueden llegar a tener ese vínculo tan fuerte.

Mis padres son padres. No hay mucho que decir de ellos. Suelen preocuparse por un hijo, intentan por todos los medios darles todo lo que pueden y, sobre todo, siempre están ahí para echarte una mano, aunque sé que no todos los padres son así, tengo la suerte de que los míos sí lo son, pero hay algo que falla porque hay veces que no llegamos a entendernos muy bien.

Mis padres, como todos, han tenido problemas. Me di cuenta plenamente de esto a los trece años. Supongo que como soy el mayor hay muchas responsabilidades que me corresponden, pero empecé muy joven con ellas. Fue esa edad, trece años, cuando mi madre comenzó a contarme sus problemas. Confiaba en mí para que la escuchara y creo que al mismo tiempo se desahogaba. Muchas veces eran problemillas sin importancia, pero ojalá todo en la vida fueran esos problemillas. No. No siempre fue sencillo. Había veces en que esos problemas eran algo más graves y yo los escuchaba impotente. No podía hacer nada por solucionarlos, aunque Dios sabe que si hubiese podido lo habría intentado, pero ¿qué se le puede pedir a un niño?.

Aunque no solamente era yo el que escuchaba. Ellos también lo hacían. Yo también tuve bastantes problemas de pequeño, pero ellos siempre estuvieron ahí, nunca me fallaron. No podía comprender como podían ser tan sabios a la hora de aconsejarme. Ahora sé que es la madurez la que te da esta sabiduría.

Hace varios meses la relación entre mis padres se deterioró de tal forma que tuvieron que separarse. Fueron esos momentos, quizás, los más duros de mi vida, pues viví esa separación y, sobre todo, sus discusiones. Recuerdo una en concreto, por desgracia, y no porque fuera muy agradable, sino todo lo contrario. Fue horrible. Mi padre perdió los nervios. Dijo cosas muy fuertes, pero no por sentirlo realmente, sino porque decía lo primero que se le venía a la mente. Ni siquiera pensaba en sus palabras, que tanto daño hacían. Mi madre con sus acciones y sus palabras también dejó mucho que desear. Me enteré de cosas que ahora desearía no haber sabido nunca, pero, repito que soy el mayor y me corresponde también conocer un poco de todo.

En fin. Todo acabó en lágrimas, lamentos y confesiones. ¿Cómo puede respirarse tanto dolor y no aparentar que lo sientes?. Eso mismo me preguntaba. Debí ser fuerte. No quería derrumbarme, aunque después fue otra persona la que tuvo que animarme, ya que solo no pude. Fue una persona que por ahora no me ha fallado nunca, y espero que no lo haga. Ella es maravillosa. Siempre está a mi lado. También he tenido suerte en esto pues mi novia es de esas personas que hoy en día es difícil encontrar.



Hace casi un año que he sufrido cambios. Los he notado y, sobre todo, los han notado. Dicen que he madurado, es verdad. Ahora yo no pienso como antes y no soy tan niño. Tengo otros intereses y me voy definiendo a mí mismo. Quizás el tiempo pase muy rápido o quizás soy yo quien crece rápido. Mis ideas están ahora más claras. Sé lo que quiero, lo que deseo hacer con mi vida. Hay veces que me da miedo pensar que todos los planes que hago se me derrumben, pero sobre todas las cosas, es ese temor a quedarme solo. No soportaría no tener a nadie a mi lado, no sentirme querido. Eso es algo que realmente me aterra. Es este crecimiento el que les ha costado tanto asimilar a mis padres.

Atrás han quedado ya un gran número de discusiones y todas en base a lo mismo. Solían decirme que sólo iba a lo mío, que era un egoísta. Esta palabra me hacía bastante daño. Egoísta creo que es una palabra que se me quedó grabada ya que todos los días la oía un gran número de veces. Me dio mucho que pensar pues no me consideraba como tal y a menudo me preguntaba quién lo era...si yo o mis padres, ya que ellos me adjudicaban este adjetivo porque no hacía lo que ellos deseaban que hiciese y también me decían que iba a lo mío porque no pensaba como ellos. Esto me dolió realmente porque jamás hubiese imaginado esta reacción ante mí y, la verdad, me desilusioné mucho. Ya no los veía como antes y en esto había influido su comportamiento conmigo.

Otra queja habitual era que yo no me comportaba cariñosamente con ellos, pero supongo que no podía hacerlo de ese modo con dos personas que tanto daño me hacían con sus palabras. La verdad es que hubiese cedido en otorgarles de una manera más clara mi cariños. Las cosas habrían cambiado, pero no quería ceder porque tenía la convicción de que llevaba la razón. Por ello no lo hice, aunque, eso sí, lo comenté con ellos.

Ahora ya han pasado unos meses desde que tuve esos problemas. Las cosas se han arreglado más o menos. Los tres hemos puesto de nuestra parte y tengo que admitir que las cosas marchan muy bien. Ellos reconocieron que se equivocaron y yo también admití que pude haber puesto más de mi parte, pero desde el primer momento sabía que todo se solucionaría porque yo soy su hijo y ellos son mis padres, y al fin y al cabo nos queremos como todos los padres y todos los hijos se quieren.

ESENCIA DE VIDA

Nunca le había dado un valor real a las cosas que poseo ni importancia a las personas que me rodean. Siempre se ha dicho que no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos. Y es tan cierto. Ahora, ciertamente he de reconocer esta verdad porque la he vivido muy dentro de mí.

Creo que puedo decir que mi vida ha sido siempre muy normal, teniendo lo que me hacía falta, incluso más. Pero, de repente, toda esta armonía, comodidad...se te derrumba. Sientes que te quedas indefensa, a merced...de la vida. Iba a perder algo que estaba en lo más profundo de mi ser, aunque no era yo. Un día, como otro cualquiera, me quitaban a quien me había dado la vida. No importa ni el cómo ni el cuándo. Lo cierto es que mi padre me abandonaba, se alejaba de la vida hacia otro mundo donde dicen que todo es mejor.

Fueron tantas inquietudes las que sentí...tantas las sensaciones que experimenté en soledad...con él.

Bien es cierto que con mi padre mantenía las típicas discusiones. Como es normal a mi edad, no coincidíamos en muchas opiniones. Sin embargo, sabía que él estaba ahí, apoyándome cuando me hiciera falta. Estaba segura de poder contar con él, pues ¿quién podría ofrecerme mejor ayuda que el que



durante tantos años había luchado por mí?. Yo aún no puedo disponer de una existencia independiente. Mi vida gira en torno a mis padres. Y ahora me arrebataban esa vida, que siendo propia, estaba tan arraigada a él.

Fue una mañana como otra cualquiera. Me desperté y mis padres no estaban. Sin saber por qué sentí un vacío alrededor que me angustiaba, distinto a otras veces. Y no había razón aparente para aquel sentimiento. La llamada telefónica de un familiar aclaró mi secreta sospecha y la brutal realidad se me apareció de pronto. Aquella voz me decía que mi padre estaba en el hospital. No lo pensé siquiera. Debía estar a su lado. Algo me indicaba que urgía una rápida decisión. Él, que siempre me apoyó, necesitaba ahora de mí, de mi cariño, de mi infinito amor hacia él.

Cuando llegué a aquella habitación me encontré ya, muy a disgusto mío, a la familia reunida. Todos lo sabían y habían llegado antes que yo. Mi madre lloraba sin consuelo, como si el corazón le fueran arrancando poco a poco. Era un dolor intenso, profundo. Como el mío. Era mi padre. Seguía sin poderlo creer. Mi padre...con quien el día anterior había discutido. Era imposible.

Traté de verlo. No me dejaron. Aún luchaba por seguir en esta vida. Me decían que de sus labios brotaban continuamente palabras que querían ser de ánimos para sí mismo, de ilusión por seguir...Todavía le quedaban muchas cosas por hacer. No podía dejar aquí a las dos personas que más quería. Se aferraba a la vida, esa vida de la que a veces se quejaba, pero que ahora, aunque sostenida por un hilo, era todo un tesoro que llenaba y daba esperanzas.

Nadie me quiso dar una explicación real, concreta. Todos me hablaban con rodeos. Nadie me dijo: "Tu padre se está muriendo. Te quedas sola"...salvo mi madre. Sólo ella fue quien no quiso engañarme. Mi padre se moría. Mi madre estaba consumida por el dolor. No me quedaba nada. Todo lo que me había hecho reír antes me parecían ahora cosas sin gracia.

Pasamos así los peores días de nuestras vidas, deseando que él no cortara definitivamente el hilo, la esperanza, la mínima esperanza que teníamos. Fueron días infernales. No nos daban noticia alguna en que apoyar nuestra fe. Todo eran palabras de desaliento. Sin embargo, yo me obsesioné en que mi padre no me podía abandonar. No podía abandonarnos a mi madre y a mí. Ellos dos lo eran y son todo. No podía quedarme sin la mitad de mi ser.

El motivo de tal pesadilla fue un infarto. Su corazón se quebró, un corazón que sólo había latido por las dos mujeres que daban luz a su luz, vida a su vida. Pasaron diez días en los que sólo nos decían que no contáramos con él. De pronto, sin embargo, todo empezó a mejorar. Su lucha al fin tenía sentido...Pero algo había quedado dentro de mí, algo de lo que ya jamás me podré librar. Había comenzado a madurar a marchas forzadas.

Por fin un día me dejaron subir a verlo. Me dijeron que procurara animarlo, y...me advirtieron sobre su aspecto, que tuviera cuidado con no impresionarme demasiado. Iba por los pasillos autoconvenciéndome de que me mantendría tranquila. Anhelaba el momento de verlo...tanto tiempo esperado. Lo haría todo bien, tal y como me habían dicho que hiciera.

Cuando llegué a su lado...lo intenté. Dios sabe que lo intenté. Pretendí mantenerme serena, animarlo. Pensé: "Yo sé que lo quiero, que lo quiero con locura, pero ¿lo sabe él?. Yo nunca se lo dije. ¿Sabe él lo que siento?. Fueron tantas las emociones que guardé...que terminaron por jugarme una mala pasada. De repente perdí el conocimiento. Fue algo superior a mí. Lo había hecho mal. Esto no eran lo que los demás esperaban de mí. Al despertar no recordaba nada. Mi subconsciente habrá borrado todo lo negativo. Gracias a Dios, poco a poco, comencé a hacer memoria. Otra vez. No me lo quise creer.

Un día, al llegar al hospital me dieron la gran noticia. Mi padre se había recuperado prácticamente del



todo. La próxima semana volvía a casa. ¡Mi padre volvía!

...Pero...Él había cambiado. No sé. Era distinto. Su carácter, su mirada...Lo encontraba triste, un poco decaído...Pero volvía.

Una vez ya en casa, comencé a pensar en mí, en mi experiencia. ¿Qué había ocurrido en mí? ¿Era yo igual que antes? Volví a tener a las dos personas que más quería nuevamente conmigo. Sin embargo, también yo había cambiado. No era la de antes. Me encerré en mí misma. No acepté el cariño de nadie. No podría soportar que nadie me hiciera daño.

Sí, he cambiado. Pero he aprendido a vivir con mi nueva forma de ser. Ahora lo tengo todo, todo lo importante para mí. No me importa como antes si no me puedo comprar ese vestido tan caro. Lo único que me interesa es que mi padre y mi madre siguen conmigo y espero que por muchísimos años.

MALAS INFLUENCIAS

No sabría cómo empezar. Resulta difícil hablar de ello porque duele. Y mucho. La historia que os quiero contar es sobre algo que, por desgracia, sigue bien presente en nuestro mundo, algo que cerró las puertas de la vida a su protagonista, privándola de la luz que tanto necesitaba...

Era una chica que para mí significó alegría y, a la vez, tristeza. Entonces no hubiera sabido explicar por qué. Ahora sí. Todo comenzó hace ya seis años. Dentro del grupo era la más inocente, la más sensible, buena estudiante...buena amiga. En verdad gozaba de tantas cualidades que la veíamos como alguien superior. Siempre he pensado que todo lo que le ha ocurrido procede de su infancia ya que no fue la de una niña normal. Era una persona acomplejada, nada de lo que hacía le parecía bien, se veía fea, gorda...y demasiado insignificante para que alguien se fijara en ella, pero la verdad es que alguien sí lo hizo. Desconozco la intención, pero parece claro que no fue buena ya que aquella persona le hizo mucho daño, engañándola con bonitas palabras, prometiéndole lo que no tenía, aprovechándose incluso sexualmente de ella. Consiguió que se sintiese sucia y diferente a las demás chicas...y sólo tenía 14 años.

Queriendo olvidarse de él y, a la vez, aparecer ante sus ojos como alguien importante, comenzó a entrar poco a poco en lo que más tarde fue lo que terminó acabando con esa chica maravillosa e hizo posible su transformación en otra persona...diferente. En el grupo en el que estaba, aquel chico era el cabecilla. Los demás le seguían allá donde fuera, sin preguntas, y al ver cómo la insultaba, pensaron que podría ser algún tipo de divertimento contra el aburrimiento diario. Ella era el payaso, la menospreciaban, se reían todos a su costa. Aquello resultaba ya insufrible.

Por mucho que intenté con varias amigas convencerla para que no nos dejara, que no les hiciera caso, que se integrase más con nosotras, se sentía muy dolida, despechada. Lo entendí. Era algo...lógico, pero no hasta el punto de abandonarnos, de dejarnos de lado e irse con un grupo nuevo...de personas que le parecían maravillosas: no la insultaban, ni se reían de ella...pero tampoco la apreciaban por lo que era. Al contrario, terminaron también aprovechándose de su buena fe y comenzaron a abrirla un camino de "rosas" por el que podía escapar de su realidad y encontrar otro mundo donde podía evadirse de todo y de todos, olvidándose de sus problemas, sus complejos... ¿Por qué no se confió entonces a mí, a sus amigas? ¿Por qué no encontró en nosotras la seguridad, el afecto que necesitaba?

Al sentirse desde un principio acogida por quienes se decían sus amigos, integrada como una más de aquella comunidad, no tuvo reparo en compartir todas sus experiencias...en probarlo "todo", como



ellos. Parecía que eso que tomaban les hacía más felices. Tenía que hacerles ver que era valiente y decidida. Comenzó con drogas blandas como el hachís o...una simple pastilla. Pero siguió adelante, buscando...esas otras felicidades por las que no hacía falta luchar...pero pronto se hizo esclavo de ellas...No podía vivir alejada de esas drogas. Sin darse cuenta estaba echándose tierra encima. Llegó un momento en el que un porro no tenía sobre ella efecto alguno. Necesitaba cosas más fuertes como cocaína, alucinógenos, éxtasis...Así pasaron varios meses y notaba como entre su mundo y el mío se alzaba un muro infranqueable. Sufría por ella, pero nada podía hacer por derribar aquella pared que nos comunicaba, por sacarla de aquel pozo en el que estaba hundida.

Pero llegó un día en que, inesperadamente, me llamó. ¿Fue un momento de lucidez? ¿Tuvo conciencia del estado al que estaba llegando? No lo sé, pero cuando, junto a mis amigas, la tuvimos entre nosotras, no sabíamos cómo actuar, cómo ayudarla...aunque hubiéramos dado lo que fuera por poderlo hacer. Pero estábamos desconcertadas. Aquella persona que tanto habíamos querido nos resultaba una extraña. Desvariaba continuamente con palabras inconexas. Desconfiaba de nosotras, sí, de nosotras. Pensaba que le íbamos a hacer daño, que nos habíamos puesto de acuerdo con sus "amigos". Hoy lo he pensado: ¿podía en verdad confiar todavía en alguien?

Intentábamos ayudarla por todos los medios sin conseguir nada. Finalmente decidimos hablar con su madre. Ante nuestro asombro descubrimos que desconocía lo que le pasaba a su hija. Había que encontrar una solución. Por desgracia, no bastaba nuestra amistad para devolverle la vida que le habían quitado. ¿Era ya tarde? Entonces lo pasé mal. Muy mal.

Ingresó en un centro de rehabilitación. La visitábamos siempre que podíamos. Tratamos de ganarnos de nuevo su confianza. No fue así. Después tuvo que ir al hospital. Había, sin duda, complicaciones...y algo más que no conseguimos saber. Durante todo este tiempo su familia nos engañaba diciéndonos que todo iba bien, que estaba mejor. Era mentira. Salió del hospital y no me avisaron. No me dejaban verla ni hablarle. Consiguieron sacarnos totalmente de su vida. Pensaron quizá que necesitaba empezar de nuevo, sin nada que la atara al pasado...

Me sentí fatal. Impotente. Aquel alejamiento obligado es lo que más me duele. La echo de menos. La apreciaba de veras. No sé si se ha recuperado o no. Espero con toda mi alma que sea feliz, muy feliz. Sangra mi corazón recordando cómo era, llegar a verla deshecha por la vida, sin esperanzas. Nadie podrá quitarme el dolor por la impotencia de no saber cómo ayudarla. Y ahora...No sé que es peor...porque tengo que olvidarme de ella y esperar, sí, quizá, que algún día se acuerde de quienes han estado a su lado, de mí. Sí. Lo espero.

Ahora que acabo de contar esta historia, siento en mí que su recuerdo sigue bien vivo...pero no me molesta. Es como si tuviera la certidumbre de que es feliz, lejos de aquella realidad que la asfixiaba, lejos también de mí...Pero si su corazón ha vuelto a latir con la fuerza de la vida, sé que de alguna manera sigo viviendo en ella.

SENTIRSE ENAMORADA

Son retazos de un diario de adolescente. En él aparece el amor como esa inquietud profunda, que da vida a un corazón que late con fuerza casi imparable. A veces todo queda en sueños, miradas...confidencias consigo misma que sólo llenarán las hojas de un diario, como estas...Pero ese amor no cae en el vacío. Prepara una felicidad quizá cercana...quizá no, pero que prepara para el futuro.

¡Es tan difícil querer a alguien que sólo ve en mí a una amiga! ¡Es tan difícil querer a cierta persona



ya comprometida...!

Yo pensé hace tiempo que el amor era un juego, un cuento de hadas donde siempre hay un final feliz, pero con los años comprendí la triste realidad, y fueron tres los que necesité para poder olvidar. Entonces sentí un gran vacío que me impulsó a vivir desmesuradamente, a lo loco, para llenar ese hueco de mi corazón. Todo era superficial, sin valor, sin sentimientos...hasta que te conocí.

Tú me diste la impresión de ser el más machista de todos. Creí que buscabas un buen "rollo", algo para pasar el verano. Por eso dejé paso a mis amigas, que ya estaban locas por ti.

Pasaron los días y pude conocerte mejor y borré por completo aquella primera impresión. Valías demasiado para lo que yo me había imaginado. Nuestra amistad fue creciendo, llenándose de sentimientos. Cuando quise darme cuenta de que aquel hueco oscuro y frío era ahora el más cómodo y acogedor de mi corazón...tú habías ya transformado todo mi dolor en alegrías, en necesidad de crecer, de madurar, de amar.

Pero un día me faltaste. No estabas a mi lado, dándome entonces cuenta de la "adicción" que habías creado en mí. No podía estar lejos de ti. Me faltaba alegría, vida, aire, amor, sentimiento, amistad, comprensión...en fin, todo lo que día a día me habías regalado y enseñado.

Pero ahora ninguno de tus consejos me sirven. Estoy sola y tengo miedo, miedo de perder lo que siento por ti ya que , como tú bien me has dicho, la vida sigue y no se para a esperarte. Por eso hay que seguir adelante y me gustaría hacerlo junto a ti, aunque sólo fuera con tu amistad y no te pudiese amar...

¿Por qué das por hecho que estoy enamorada de ti? ¿Por qué cuando escribo todos saben que es para ti? ¿Tan fuerte es mi amor que ni siquiera puedo ocultarlo...o yo tan descarada que no quiero taparlo?

Me gustaría que no supieras nada y que nadie lo sospechara. Sería mucho más fácil conquistarte así, poco a poco, por méritos y no por palabras...por miradas y no por carta.

Quizás así hubiera tenido un final feliz...

En el fondo no sé de qué me quejo. Soy tu amiga. Me lo cuentas todo y yo te lo doy todo. Somos amigos hasta el fin...¿Qué más puedo pedir?

Ya sé que es una pregunta fácil de contestar. Deseo tus labios, tus ojos, tus manos. Deseo tu cuerpo, tu corazón y tu mente. Te deseo entero y todo lo tuyo para mí, ser como tu sombra, algo que te falte a ti, que sin mí estés vacío, que sin mí sientas lo que yo siento...para que sepas lo que por ti estoy sufriendo.

Me siento sola por el día y no lo estoy. Las noches largas se hacen si contigo no sueño. Así se pasan mis días deseando verte de nuevo. Así se pasan mis noches esperando soñar contigo... Y si supieras la felicidad que siento por dentro cuando me llamas y quedamos. Nos vemos y hablamos... Desearías ser mi sombra para verme sonreír.

Pero soy aún más feliz cuando sueño contigo, sueños que ahora no puedo repetir. Por eso me gustaría que siempre fuera de noche, noches claras y puras con una grata luna, millares de estrellas...que alumbraran mis caminos.

¿Y qué pasaría si supieras que de veras eres la razón de mi existir, lo que me da fuerza para vivir? ¡Ojalá pudiera yo imaginar lo que entonces pensarías de mí y qué sentimientos te impulsarían en esos



momentos para seguir luchando porque yo diera todo por ti!

Mientras, sigo llorando y soñando. Con lágrimas que corren por mis mejillas y van dejando flores de primavera en el papel, unas son pequeñas, otras más grandes, pero todas son dulces besos no correspondidos, eternas caricias no dadas, bellas palabras no dichas...En fin las lágrimas son todo lo que siento por ti y no puedo llegar a darte porque esto sólo lo siento yo por ti y tú...tú,...ni siquiera te acuerdas de mí.

Por eso es mejor que vuelva a mi cama y me ponga a dormir, soñando con días y noches mágicas, eternas y especiales, siempre junto a ti.

RECUERDOS Y SENTIMIENTOS

Ahora que empiezo a caminar hacia claridades más palpables en mi vida, que me siento capaz de tomar mis propias decisiones, que creo haber descubierto ese amor que antes sólo podía soñar, se me agolpan en la cabeza, como un torbellino de recuerdos, las vivencias que experimenté cuando pensaba que ya era consciente de todo y sin embargo, nada en mi interior se aclaraba.

Desde pequeña andaba los pasos por el camino, que mis padres iban aclarando para no tropezar, pero empecé a despertar a nuevas sensaciones y no era capaz de encontrar ningún apoyo con ellos. Todo a mi alrededor se hundía y cada vez notaba que descendía más hacia el interior de un pozo, del que día tras día me costaba más trabajo salir.

A medida que mi cuerpo crecía, iba haciéndome nuevas preguntas, pero pocas respuestas hallé; en el regazo de mi madre me encontraba protegida, pero no era capaz de explicarme qué es lo que se siente cuando se está enamorada, cómo reaccionar ante aquella nueva experiencia...y siempre me respondía: "No te preocupes por esas cosas. Eres aún muy pequeña". Pero no, eso no podía apaciguar mi curiosidad. ¿Cómo que era aún muy pequeña?. Tenía ya 11 años, ya me sentía mujer.

¡Cuántos de nosotros no habrán pasado un día entero encerrados en una habitación y pensando por qué nos encontramos así, no tenemos motivos...y, sin embargo, nos sentimos heridos en ese momento, lloramos, aunque nadie nos ha maltratado. Parece que estamos solos, estando rodeados de nuestra familia, pero nos sentimos abandonados y quisieras ¿por qué no decirlo? ...morir, morir por algo que desconocemos, desaparecer ante estas preocupaciones, y lo peor es que no sabes qué es lo que te preocupa.

Conoces a un chico. Sientes en ese momento que puede ser el amor de tu vida, pero no te mira siquiera y empiezas a preocuparte: ¿qué has de hacer para que se fije en ti? ...y no te das cuenta que la vida es muy larga, que lo que ahora te sucede, más tarde te parece insignificante, pero entonces eres el ser más infeliz de la tierra y de nuevo nadie puede ayudarte, empiezas a gritar de impotencia ante aquella situación, te enfrentas con tus padres y, sin embargo, sabes que ellos no tienen la culpa, pero ¿qué puedes hacer?. Nada. Sabes que no es posible cambiar nada.

Te sientes un ser bohemio, perdido entre tus amigos, en tu ambiente y sólo tienes ojos para él, sigue sin dirigirte una palabra y tu cuerpo se halla perdido en su belleza y vuelves a marchar a tu casa decepcionada porque has visto que un nuevo día, tan soleado como el de ayer, ante tus ojos se ha vuelto a nublar y de nuevo tu habitación es el último refugio donde piensas que nadie puede hacerte daño y encoges tu cuerpo como si de una sensación de protección se tratara y en tu interior quisieras volver a ser una niña, sin sentir el dolor que cada día crece en tu corazón.



Un día me encontré con una amiga. Me ha contado que está saliendo con un chico que todos los días viene a recogerla al colegio y ella se siente feliz...sí, se siente feliz. Yo también quisiera estarlo por su dicha, pero, por el contrario, lo que experimento son celos, unos celos que corroen mi alma, me queman las llamas de la envidia y nada puedo hacer porque de nuevo en mis cuatro paredes me siento perdida, preguntándome por qué yo no puedo encontrar a un chico como lo hizo mi amiga. ¿Qué es lo que tiene ella que no haya en mí?. Y noto que se pierde la esperanza de que algún día sea nuevo frente a mi ventana, amanezca diferente ante mis ojos, pues yo sé que soy el ser más infeliz de la tierra y me derrumbo sin conseguir levantarme y luchar.

En mis sueños sí encontraba el amor, un amor que verdaderamente me quiere como soy, no porque me parezca al ídolo que ellos admiran, no tiene límites en sus cánones de belleza. Es simplemente un ser, un ser que me quiere y nada me pide y yo en ese momento me siento renacer. ¿Por qué la realidad ha de ser tan diferente?. Era feliz siendo niña. ¿Por qué he tenido que aprender lo que es el desamor?. ¿Por qué no siempre he estado envuelta en una cajita de cristal para que nadie me haga sufrir y vuelvo a llorar, a llorar por alguien que ni siquiera conozco, a querer morir por alguien que ni siquiera sé su nombre... y él está ahí, risueño, sin importarle lo que yo siento, si tengo mi alma desgarrada por el desprecio de sus miradas. ¿Que qué es para mí una mirada suya? : LA VIDA, es como si a una persona agonizante le alargasen su existencia con un mínimo de esperanza. Así me sentía yo por él, llenando mis cuadernos con su nombre, mis fantasías con su rostro, realizando cada movimiento a su alrededor, buscando un hueco a su lado. Tan sólo un roce de su mano con la mía me hacía feliz y él ni siquiera me miraba. ¡Dios mío! ¿Por qué?

¡Cuántas horas de soledad pasé tan sólo con tu recuerdo! ¡Cuántos besos evadidos por el viento sin tener un fin al que llegar! ¿Cuántas hojas han caído por mi ventana con tu imagen reflejada en cada una de ellas! ¡Cuántas primaveras de llantos al ver nacer las flores, al oler el aroma de enamorados, y no sentir tu presencia! ¡Cuántas miradas clavadas como puñales en tu corazón cada vez que te veía hablar con otra!...Pero todo eso...¿De qué me sirvió? ¿Qué gané con tanto dolor? Sólo abrir heridas en mi pecho sin hallar una solución.

Estos sentimientos experimentaba día tras día. Otros muchos han ido escapando ya de mi mente. Sólo sé que mi corazón fue descubriendo poco a poco sensaciones nuevas, que adquiriría más seguridades, que mis sueños sólo eran eso y tenía que afrontar realidades...distintas, pero que te van llenando. Notas que llegas a algunas metas, que el horizonte de tu vida parece dibujar un arco iris entre el gris de aquel pozo sin fondo...pero no ha sido nada fácil. Todo lo contrario. Hoy me encuentro feliz, acompañada de una persona que me ayuda a sentir lo que antes nadie me era capaz de explicar, ni de hacer...Me hace sentir...mujer.

(Una chica de 21 años. "Tormentas de verano")

VERDADERA AMISTAD

Una experiencia cotidiana, la de la amistad, es fundamental en el desarrollo del adolescente. Pero la amistad siempre entraña riesgos, roces, envidias, recelos entre las pandillas. Este es el relato de una chica que recién inicia la adolescencia.

Soy una persona de 14 años. La verdad es que he tenido muchas experiencias a lo largo de mi corta vida. Aunque sé que es difícil, voy a intentar plasmar en las hojas que se presentan ante mis ojos, una de mis más inquietantes problemas, el de la amistad.



Me llevaba con una chica bastante bien. Se llamaba Sara. Todo transcurría en medio de una gran confianza hasta que se presentó un problema. En el fin de año salimos la gente de la clase con amigos de Sara. Uno de cada pandilla se gustaron y empezaron a salir. He aquí el problema. Prácticamente me dejó de lado. A partir de ese momento ella no fue la misma. Nuestra amistad empezó a cambiar. Le decía que nos estábamos distanciando, pero me contestaba que era mentira. Ya no era lo mismo salir los sábados por la noche con ella. Algunos...hasta me daba "plantón". Ni siquiera en la clase era la misma. Comencé a pensar que estorbaba.

Estuve a punto de buscarme una enfermedad puesto que no podía comer, salir ni hablar con nadie. Entonces, mi madre me obligó a salir a la calle, olvidarme de los demás y conocer a gente nueva. Así lo hice. Al principio me fue mal porque comparaba las personas que iba conociendo con las antiguas amigas. Poco a poco fui haciendo nuevas amistades a las que veo casi todos los fines de semana. Son buenos, cariñosos y comprensivos con los demás. Conocer a estas personas me ayudó a superar el bache que atravesaba.

Transcurridos algunos meses recibí una llamada. Cuando cogí el teléfono tuve una grata sorpresa. Era Sara, y me preguntaba si podíamos ir a algún sitio para hablar tranquilamente. Quedamos en un "burger" y allí se desahogó conmigo. Me dijo que sentía haberme hecho daño, que se había visto obligada a salir con los demás porque ellas se lo pedían para poder estar juntos. Le pregunté entonces por qué en clase no me hablaba y me contó cómo le habían dicho que yo la criticaba, "metiéndome" con ella. Después descubrió que todo había sido un engaño para que cortáramos nuestra amistad. *"¿Cómo supiste que fue un engaño?"* -le pregunté- . *"Lo supe -me contestó- porque hablando con una persona, sí, esa que sabes, que es una "liante", se le escapó todo y después de presionarla un poco confesó que quería romper nuestra amistad porque era sana, divertida y buena. Ella jamás había tenido una parecida"*. Después de contármelo, me pidió perdón entre lágrimas. Le dije que no había pasado nada, que sólo fue un "lío" en el que ambas nos habíamos visto perjudicadas. Toda esta conversación duró casi dos horas, mientras veíamos entrar y salir a tanta gente distinta.

Después de todas estas cosas, seguimos siendo tan buenas amigas como siempre. A mí este suceso me ha hecho pensar mucho y creo que es bueno que me haya ocurrido. Está claro que hay que confiar en los amigos y no darles de lado porque personas que no han descubierto la amistad y les molesta que otros la tengan, nos digan cualquier cosa y también, saber esperar, no cortar una relación de manera tanjante...dejar la puerta abierta. Si ha habido amistad, volverá.

LA JUVENTUD, ¿UN PROBLEMA INSOLUBLE?

En un trabajo de Religión de 3ºBUP de hace ya algunos años, uno de mis alumnos, basándose en dos artículos de Martín Descalzo sobre la juventud, me trazó su propia diagnosis de la actual problemática en la que vive, en especial sobre la cuestión de la amistad...No fue un comentario aséptico. Se notaba que lo vivía en sus carnes.

¿Es tan difícil encontrar una verdadera amistad?. Pero...¿en qué consiste?. Son preguntas que todos los días me hago y nunca encuentro respuesta. Según Martín Descalzo un verdadero amigo es alguien en quien te puedes apoyar totalmente y en cualquier momento. Bueno...¿Y por qué es tan difícil?. ¿Quien tiene la culpa de todo esto?. Porque supongo que habrá alguien que sea el responsable de que esto no funcione. Yo creo que la sociedad, en su mayor parte, pero por no intentar comprender a la juventud; los padres, también por no escucharles cuando se lo pedimos e intentar comprendernos y considerar que nuestros problemas ¡también son problemas y no pamplinas de la edad!.

Es muy fácil decir: "Niño, ya pasará, tú dale tiempo", lo que nunca arregla el problema. Sólo influye



para que nosotros no sepamos ni podamos enfrentarnos a él.

Y, por último, uno de los principales culpables - y es una opinión totalmente personal- la propia juventud. Yo he vivido como un chaval era apartado de un grupo sencillamente porque no fumaba o no bebía o porque no era de los que se tomaban a la ligera cuestiones como el sexo y, sobre todo, la amistad. Consideraba que la amistad no era el cigarro entre horas o la litrona los sábados, sino el ¿qué te pasa? o el ¿te puedo ayudar? de todos los días. Ese chaval no conectaba con el grupo y, o se iba él o le iban apartando poco a poco.

Quizá y para mí es más grave, incluso, la falta de respeto. Puedo afirmar que esta juventud es la menos irrespetuosa con todo el mundo, incluso con ella misma. A mí me revienta -y perdone la expresión- el que un grupo de chavales que se creen más hombres por saber fumar o beber o por conocer a más chicas se mojen e insulten a otras personas simplemente porque estudia más, porque es de una manera de ser diferente, está amanerado o simplemente porque, según ellos, es el tonto de la clase.

¡Ay, Dios mío!, qué injusticia. Muchas veces me pregunto como esos grupos odiosos para mí son precisamente los que tienen más amigos. ¡Ah!. Perdón...compañeros porque esas personas no creo que logren nunca encontrar un amigo, mientras que otros que son muy buena gente permanecen allí apartados, hablando con otros ¿desgraciados de la realidad?. Definitivamente no. Tarde o temprano cada uno encontrará su recompensa a una juventud vivida: el irrespetuoso y desagradecido, que se cree el rey del mundo porque puede insultar a un profesor u a otro compañero y se puede beber una litrona seguida nunca logrará encontrar un amigo. "El desgraciado de la realidad" logrará encontrar uno que lo entienda y ayude.

Pero volvamos al mismo problema. Son resultados a la larga. En tanto cada vez más jóvenes se meten en la droga, se suicidan, pero, vamos, ya llegará el amigo un día de estos..¿No cree usted?.

En el segundo texto adjunto se ve reflejado otro gran problema: la sociedad que nos espera.

Después de las zancadillas, los malos tragos, los insultos, la indiferencia de una juventud "para vivir", nos esperan más zancadillas, más batacazos. Como pone en el texto, se nos irán cortando las alas. Yo me contento con que me queden al menos un par de alas para , por lo menos, poder irme a una isla desierta donde, al fin, pueda vivir.

Me va usted a perdonar que sea tan pesimista, pero yo lo vivo y usted no. No sé si usted podrá comprenderme. No por eso me voy a quedar quieto. Voy a luchar con todas mis ganas para lograr ser YO en la vida y no TU, llevando mi cristiandad por delante, siempre como un bastión que hay que atravesar para llegar a mí. Intentaré ayudar a quien me pida ayuda y a alguien más que se puede subir conmigo al autobús alado...¡aunque no quiera subir!.

Yo no soy de los que piensan quedarse quieto esperando que pase la tormenta porque la tormenta ruge y ruge...y como te caiga un rayo encima...

Este trabajo me ha hecho pensar. Probablemente volveré a mi soledad, pero estoy seguro que con ayuda no cesaré hasta que me hayan cortado por lo menos veinte pares de alas...Pero, vamos, lo que a mí más me gustaría es que esto no quedara entre usted y yo. ¡Cuántas historias y cuántas razones de peso le tendría que contar, pero no se pueden poner por escrito.

Como yo digo: es más complicado entender el alma de un joven que quien logre entendernos y ayudarnos se ganará el cielo, pero, vamos, por vuelo reactor.



POEMAS



MI MUÑECA

*Mi muñeca, pequeña amiga mía,
¿dónde has estado escondida?
¡Ya!. En el armario de siempre.*

*Fui yo la que no te vi
y he consentido que el blanco de tu vestido,
por el correr de los años,
se te haya vuelto amarillo.
¡Con lo hermosa que viniste
el primer día a mis manos,
cuando te trajo mi padre
una tarde de verano!
¡Tan limpia, tan bien peinada!
Con tu traje de Domingo
y tus enagüas caladas,
conmigo te despertabas
y estabas siempre a mi lado
cuando la noche llegaba.*

*Y por lavarte un día,
tu cuerpo que serrín tenía
casi lo dejo en el agua.*

*Mi muñeca, sufrida amiga mía,
ahora, por estar siempre conmigo,
por aguantar mis pegadas,
por haberme hecho soñar,
por el remojón de agua
y por tener siempre en tu boca
la sonrisa regalada,
que hoy, aunque han pasado los años
sigue en ella dibujada.*

*Te peinaré los cabellos
y te lavaré la cara;
pondré tu traje tan blanco
cual de novia se tratara,
y te asomaré al espejo,
y juntaremos las caras
y verás lo que ha cambiado
aquella con quien jugabas.*

*Te entregaré a otras manos,
si es que aún te quedan ganas
de jugar con la hermanita
de aquella que te cuidaba.
¡Hazla ahora a ella soñar,*



*como antes yo soñaba;
conviértete en hada buena
o en una niña muy mala,
y prometo en recompensa
que vigilaré por ti...
que no te meta en el agua.*

ELOISA RAMOS RIVERA

SEGUIR VIVIENDO

*Cuando la estela dorada cae,
mis ojos se cerraron ante la cúpula de fuego,
la espera de una luz que iluminaba mi rostro,
se quedó fundida en un instante,
cuando su cuerpo yacía en el suelo frío entre hojas marchitas,
mi vida caía como una de ellas,
caminaba entre un río de color azul intenso,
en el que mi esperanza estaba clavada en ti,
como algo sacado de lo irreal,
sin pensamiento alguno de lo que fuera a ocurrir,
mi mente quedó en blanco,
y un fuerte abrazo del viento arrasó con todo,
llevando mi cuerpo hacia una esquina del lugar donde me encontraba,
suspendida en una cuerda, cogía mi mano y agarraba la otra a su extremo,
quise soltarme de allí,
y no pude bajar mas de lo que pensaba
y sin vacilar de aquella idea en la que merodeaba por mi cabeza,
perdía el control y me quedé sin conocimiento,
abrí por un instante mis ojos y vi que mi vida seguía continuando,
que yo era inmortal... "Que yo tenía que seguir viviendo".*

CRISTINA GALAN ZORZANO





PERFILES DE FE



"LAS HOGUERITAS"

En la distancia se percibía un cielo azul, límpido, claro, color de atardecidas de otoño que genera una melancolía deliciosa, entrañable, sincera. Corre una ligera brisa que acentúa el ambiente fresco de esta tarde de vísperas. Hace frío, pero es agradable sentir el calendario lógico de sentimientos encontrados en los queridos recovecos del alma cuando la fecha llega un año más como aquella primera vez.

Suena la campana cerca, con ritmo cadencioso, constante, como vocero que anuncia el rito. Es hora de salir para la iglesia. La tarde visueña se apaga poco a poco. Se encienden las primeras luces. En el ambiente notas inquietud, hay niños nerviosos corriendo y coros de gentes en las plazuelas y descampados. Te acercas. Son piras de maderos que principian a arder. Te vas al mirador de la iglesia. Y todo un pueblo resplandece en la oscuridad por multitud de hogueritas que, fieles a la cita, hoy anuncian la víspera de la Inmaculada.

Recuerdos de infancia perdida generan sentimientos íntimos de alegría interior, casi inconfesables, porque confesar las intimidades reducen tu persona a la ingenuidad del niño que sueña, que confía, que vive en la ilusión por un mundo mejor, parecido al que él se forja ahora con sus amigos, jugando con el fuego.

Y esperas que algo ocurra. Todos parecen esperarlo mientras observan la lenta consunción de la madera. Muere la madera como muere lo viejo para resucitar en el fuego, convertido en vida nueva, joven, inquieta.

Espero yo también. No sé qué. Aquel fuego en la noche ya fría de mi pueblo reaviva el espíritu y siento nacer en mí una nueva experiencia. Ese fuego quema lo caduco, consume esa madera inservible, pero la llama es limpia. Es como si arrojaras todo tu tener para volver a ser. Me uno a los niños. Quiero ser. Espero ser.

Vuelve la campana a sonar. Es la hora de la misa. La religión no es un rito. Ahora lo sé. Te llena y te abraza como el madero incandescente por la llama. Hubo una vez un hombre que, por no querer dejar de ser un niño, quemó su vida sólo por amor. Pero la luz y el calor de aquella llama todavía no se ha consumido.

Poco a poco la noche vuelve a su oscuridad. Los rescoldos se enfrían rápidamente. Hay que volver. Y te pierdes por las calles confundido con esas gentes que, como tú, ha creído sentir un impulso nuevo. Sí. Ha valido la pena esperar... esperar con ellos y vivir con sus hijos el amor de Quien ya vino y quiere seguir viniendo cada Navidad... Algún día aquella Mujer no volverá a mostrárnoslo quemado por amor bajo un madero frío.

CALVARIO

Allí quedó en su soledad marchita por el dolor incomprensido y la indiferencia que anula y aísla. Sintió caer sobre sí el rencor ciego de quien lucha sin saber con quien se enfrenta. No podía odiar porque dominaba en su interior una tristeza tan honda que ni las lágrimas se atrevían a brotar de sus pálidas mejillas.

Estaba de pie en aquel paisaje lúgubre al que lo habían retirado las maledicciones injustas de quienes viven sin vivir y mueren sin comprender para qué existieron. Hacía frío y era muy tarde. También ya para él. Nada esperaba de una vida que, aunque joven, crecía ya sin esperanza. Un breve escalofrío hizo



temblar su débil cuerpo. Fue el recuerdo de un instante feliz. Sí, entonces hubo amor. Se acordó de su madre. Miró sus brazos, cosidos por interminables huellas de clavos tan agudos y penetrantes como su desdicha. Ya sólo esperaba la muerte. Sólo ella podía liberarlo... definitivamente.

Por un instante había perdido la noción del tiempo. A lo lejos se escucharon breves campanadas. Pensó en Dios. Fue un momento fugaz. No lo conocía y a veces lo había odiado en los hombres que rezaban. Ellos lo llevaron allí, a su soledad. Miró a su alrededor. Por vez primera miró con curiosidad donde se encontraba. Allí, en el lugar más apartado del pueblo había una cruz. Sí. También a Dios un Viernes Santo lo dejaron solo y lo mataron.

De pronto percibió ruido de pasos silenciosos que se acercaban a aquel lugar. Levantó los ojos y contempló atónito un cortejo penitencial que, con cirios encendidos, precedían al paso. Se escondió tras la cruz. Tenía miedo. No quiso mirar más. Al poco tiempo, todo pareció de nuevo tranquilo. Los penitentes iban alejándose. Volvió a mirar y quedó sorprendido. Frente al crucero, una Virgen lloraba ante el cuerpo muerto de Dios, de un Dios joven, como él, horriblemente magullado, con interminables huellas de heridas. Sí, Dios también murió, pero nunca lo había sentido así, junto a él, con su madre, llorando como la suya...por él.

Entonces sintió lágrimas en los ojos...Se dejó invadir por una emoción indefinible que le arropaba en aquella fría madrugada de Viernes Santo. Y sintió que todavía era posible confiar. Había amor, mucho amor en aquel cuerpo rendido al tributo de la muerte. Duró un instante. La procesión se fue alejando y de nuevo las tinieblas volvieron al lugar. Pero algo iba cambiando en él. Quiso intentarlo una vez más. Se puso en pie. Miró sin ver la lejana claridad del pueblo. Arrancó de sus ojos las últimas lágrimas... Y se dejó vivir.

LA PROMESA

Tengo una promesa...y por encima de todo llegaré hasta el final...junto a su Señor...¿Qué Señor? Y sufres la incomodidad, el frío, los pisotones....Y no crees...Pero miras los rostros de las gentes....Piensas en el amigo. Por él estás hoy aquí. No sabes para qué...pero quieres creer que algo pasará. No sería justo que no ocurriese algo. ¿Por qué, si no crees?. ¿Qué esperas?. El milagro ya no existe para ti...Recuerdas las clases de Religión...Como "te metías" con aquellas compañeras que hablaban de Dios como un amigo...y con el profesor que se emocionaba al referirse a la hermandad, a su Cristo...¿Cómo podían sentirlo?...si tú no lo veías....

No te engañes a ti mismo. Has venido para verlo...a través de los ojos de tu amigo, de esos ojos que apenas ven ya...de esas lágrimas de impotencia cuando te confidenciaba...No puede ser...Pero mira, Antonio, sal tú este año por mí. No se va a enterar nadie...Y no te preocupes. Tú confía en mí...como tantas veces....Y lloras...Ahora que nadie te puede ver, tapado con ese antifaz que te da el anonimato, para que no te vean los "colegas", tus padres...que nunca se pierden esta cofradía...Si supieran...

Es interminable esta calle ...Y vas atrás casi codo con codo a esas mujeres que alumbran. Tradiciones...¿Para qué sirven?...Sin embargo, él cree en ellas...Y por él estás aquí...Siempre has pensado que la Semana Santa, los nazarenos no eran sino supersticiones de ociosos...Pero ahora no sabes...El silencio te inquieta...Los rosarios de estas mujeres....¿Es que Alguien las puede oír?...¿Alguien puede oírte a ti?...". Señor, si estás ahí, en algún lugar, en algún instante de esta Madrugada, mírame....Acuérdate de mi amigo...Él sí cree en Ti..."

Una corazonada me dice que está...Sí. Es algo indefinible. ¿Serán alucinaciones?. ¿Me estará contagiando de estos ritos que no entiendo?...No sé...Pero noto que algo pasa. ¿Dónde está?...Me alucino. Estará en el silencio...En esas mujeres que rezan...quizá por mí...como mi amigo...No sé por qué lo hace...¿Por qué reza por mí si es él quien tiene que salvarse?. Los nazarenos....La imagen...Me



fijo en ella...Cristo está muerto...en brazos de su Madre...¿Acaso no murió?. ¿De qué vale mostrar a un muerto?...No, pero nadie lo siente muerto...Y si no está muerto, ¿dónde está?...Y yo aquí, cargado con la cruz...como él. Fue sólo un instante...No, no puede ser....Pero...se me hace más pesada esta cruz...como si llevara varias...la mía y la de mi amigo....Quizá también la suya....

No, no quieres ahora pensar en ello...Te atormentas...Tú siempre creías que la fe era algo que daba seguridad a las gentes...Y ahora te daba miedo creer...Y no podías menos que dejarte llevar por algo que te superaba...No te acuerdas cuánto tiempo transcurrió...Cuando te hiciste consciente de aquella penitencia...estabas entrando en la parroquia...En el silencio de aquellos nazarenos resonó una voz invitando a rezar.

...Todavía ahora, cada vez que le has comentado a tu amigo en la hermandad aquella experiencia, te estremeces como entonces cuando te descubriste murmurando "Padre nuestro..."

EL CAPILLITA

Su rostro tenía la palidez de quien está acostumbrado a vivir en la oscuridad, casi en la ceguera...La luz no parecía querer entrar en un rostro amable, pero que no invitaba a confianzas...No sabría explicarlo...Quizá su confianza ya estuviera otorgada y no se atreviese a buscar nuevos horizontes, quizá con más luz...pero nada "seguros".

Allí se encontraba bien. Dominaba situaciones. Conocía por experiencia tantos y tantos rostros que llegaban...y se iban. Tenía la sensación de que sólo él podía quedarse...¿Por qué?. Era referencia obligada de quienes buscaban allí lo que nunca iban a encontrar...quizá porque no sabían vivir en la oscuridad...porque la luz de sus miradas les hacían ver demasiado claro...

Era joven, todavía un adolescente...pero sentía ya el peso de responsabilidades. No conseguía despertar a su corazón dormido con el efluvio de la ilusión, de la amistad naciente que tímida e insegura se abre en ti como una aventura. Los nervios del amor no afloraban en las primaveras de su vida, la necesidad de confidenciar aquel sentimiento entrañable por aquella chica que vio ayer en el autobús. Sentía, eso sí, inquietudes...pero que guardaba para sí...que se apagaban en la sensatez aprendida...aunque se rebelara a veces contra ella. Era joven, pero parecía resignarse a dejar morir su juventud entre seguridades adultas...que nunca comprendes y que cuando llegan...te das cuenta que no existen, que la verdadera seguridad sólo está en irte descubriendo siempre nuevo...

Era joven. Y los amigos no se resignaban a dejarlo escapar. No había nada que hacer. Se había ido creando obligaciones con ese Alguien a quien creía haber otorgado su definitiva confianza, alguien que le esperaba todos los días, no en la luz...sino en la penumbra incierta de una lámpara mortecina...aunque constante...Sólo a él confidenciaba sus ilusiones e inquietudes, sus deseos inconfesables de salir con sus amigos tantos fines de semana...Con nadie había estado tan cerca durante tantas noches. A nadie le había contado tanto...tantos pretextos, tantas inseguridades, tanta supuesta sensatez...Pero ese misterioso amigo nada decía. No podía hacerlo...Estaba muerto.

Sí. Estaba muerto...como él. Pero aquel hombre había quemado su vida por tratar de ser joven, por manifestar sus inquietudes frente a la sensatez del poder, del dinero, de las seguridades. Había creído en el amor hasta el fin, aunque muchos le fallaran. Como a él. Estaba triste. Se dejó invadir por aquella oración que repetía a veces rutinariamente. Por un momento pareció perder el sentido de las cosas...Nada veía. Sólo sombras...Aquel amigo se había acercado a él. Aunque no acertaba a comprender, no lo veía ya en aquella imagen de madera tan gris y fría. Notaba que su corazón latía con fuerza. No lo podía



dominar...Se agolpaban en su mente recuerdos de encuentros perdidos, de ilusiones que pudieron ser reales...y aquella persona parecía brindarle de nuevo la ocasión de revivirlos, de afrontarlos, de vivir el amor...no de soñarlo...incluso veía su rostro en tantos otros rostros..que no quiso ver entonces.

No sabía decir cuanto duró aquello. Se sintió de pronto rodeado de voces un tanto angustiadas que lo llamaban. Miró al altar...pero no vio allí a aquel amigo. Estaba claro. No había soñado. Sin saber por qué reparó en la lámpara del candelero y en aquel rojo palpitante descubrió a Dios que bullía inquieto en un corazón, el suyo, que quería ver la luz...en los demás.

LA DEVOCIÓN

Descubres en ella una bondad tangible, hermosa, entrañable, que contagia y te domina. Alguna vez surcaba en su cara algún leve rictus de melancolía, pero eran instantes fugaces, atisbo de algunos recuerdos, impresiones. Ocurría inconscientemente y, al darse cuenta, esbozaba una tímida sonrisa, breve, pero que iluminaba sus facciones de adolescente y te hacía renacer por dentro.

Estaba viviendo la inquietante angustia de quien ya no se siente como esas niñas que hasta hace bien poco eran sus compañeras, sus amigas...Y ya no puede compartir todas esas experiencias que va descubriendo día a día, esas decisiones que afronta ya sin consultar, esos secretos inconfesables que necesitan de una amistad nueva, profunda. Añora las interminables tardes compartiendo "chismes", hablando sin parar ...de nada....sintiéndote llevar por las risas secretas, las carreras..y aquellos juegos que tanto la entusiasmaban.

La van sintiendo mayor, más responsable de sí...y aunque se rebela y no se resigna...los chicos la rodean, le consultan...Su bondad, su sonrisa tan frágil, pero tan cálida la mantienen unida a su grupo de siempre...Va descubriendo una vocación en su vida que la hace salir de sí. Al principio se notaba extraña, vacía...Poco a poco se da cuenta que así los siente más cerca...aunque está más lejos..No es la amistad como un juego, sino un sentimiento de afecto que se te escapa y hace nacer nueva vida en alguien.

Pero aquella tarde algo más iba a cambiar en ella. Hasta entonces había vivido una amistad entrañable en torno a una devoción que daba sentido a su fe de niña. La sabía cercana a su vida. Visitaba aquella capilla todos los días y murmuraba una oración. Siempre la misma. Mas no podía seguir engañándose. Perduraba el afecto sensible, pero no bastaba una fe nacida al calor del sentimiento. Ansiaba continuar creyendo así. Era más fácil...Más entrañable...Y también...menos sincero. Entonces ocurrió...Fue sólo un instante. De pronto se sintió sola, aunque estaba con aquellos chicos hablando, jugando...Nada dijo, pero una sombra se cruzó en su rostro. Algo comprendieron los demás y todos se fueron dispersando sin despedidas...en el mismo silencio con que ella, sin palabras, se fue...

Lo afrontaba en silencio, dominada por el temor de perder ese Dios cercano que había percibido antes y ahora no sentía cerca. No fue fácil. ..Pero aquella devoción la mantuvo en una espera...que mereció la pena...a pesar de tantas angustias, incomprensiones que estuvieron a punto de provocar una ruptura...Se animó por ellos. Los supo esperar a que llegaran a sentir con ella aquella inquietud. Eso la salvó...Y también a ellos, pues nunca se resignaron a perderla.

Volvió a su rostro la alegría. Aquel Dios que buscaba no podía ser ajeno a su anhelo de felicidad, a ese espíritu nuevo que nacía en ella cuando estrenaba su juventud. Lo fue hallando cuando se olvidó de su problema. Aquella vocación que principiaba a tener un sentido para su vida le fue abriendo un camino de amor...distinto al de entonces, que la mantenía esperanzada, que le dio confianza. Allí lo encontró...como se encuentra a un amigo...como hace ya muchos años descubrió ese impulso inexplicable que la acercó ante aquella imagen que sigue bien viva en su interior.



LA MIRADA

Estaba allí...Con él. Pero no lo podía ver. No era tangible como aquellos chicos que jugaban a su alrededor confiados. Le querían. Veían en él a ese amigo grande, que no se cansa de jugar, de hablar con ellos, de darles "paseitos" sobre sus hombros. Se sentía feliz. Le notabas distinto, como si por unos instantes descubrieras el rostro que nace del corazón y que tantas veces oculta la máscara cotidiana.

Sus ojos se habían acostumbrado a otras miradas...vacías, sin la luz de estos niños. Eran tantos los rostros que a diario le hablaban sin decir nada. Formaban una muchedumbre de fachadas sin fondo, sin corazón...Los conocía bien. Calaba sus intenciones...sus intereses...Tenía la edad de la juventud pero estaba ya hastiado de esta prosa cotidiana que se iba apoderando de su alma...Había que sobrevivir en esta sociedad donde todos corren...pero no saben a donde van, que transitan por el incierto camino de la vida buscando...¿Qué?

De pequeño había tenido ilusiones, anhelos...quimeras, sí. Quizás. Pero había llenado sus alforjas de preciados tesoros que brillaban en lo escondido. Soñaba. Sí. Nadie se lo imaginaría... si no lo contemplara ahora. ¿Qué hace ayudando a pintar aquel muñeco a la niña que se le ha subido a las rodillas?. No puede ser. Él es de los nuestros. De los sensatos. De los adultos. Sí. De los que pintan de gris muñecos...como ellos...Y, sin embargo, es ese dibujo ingenuo, lo que tantas veces le hace salir de ese mundo de los hombres...Lo que calma esos nervios que le explotan por dentro ante tanta mediocridad, tanta hipocresía...Es su forma de denunciar...esas injusticias que te queman por dentro...En estos niños revive sus primeros amigos, con los que compartía...bastantes cosas...porque nunca ha compartido mucho. Ha sentido tan cerca de sí la incompreensión que prefiere escuchar, dar calor de amistad...a quien lo necesita. Y sabe ser comprensivo, sincero, leal...Ya desde pequeño recibía las confidencias de aquellas inquietudes y problemas que él iba asumiendo...solo...Se había acostumbrado. Notaba el calor del agradecimiento. Quizá alguna vez sintió el deseo de sentirse acogido en aquellas confidencias...No podía...No sabía...

Era entrañable para el que se acercaba con la confianza de encontrar una luz a su angustia. Se hacía querer...aunque rehuía el agradecimiento, trataba de ocultar su ternura. La enmascaraba hasta hacerla insignificante...para que no repararan en él...Pero ¿de dónde brotaba todo aquello?...¿Qué encontraban en él aquellos niños...aquellos otros niños grandes que se sentían sus amigos...

Él no lo veía. Pero estaba allí. En él. Unos lo encontraron en su corazón generoso, otros en su capacidad de escucha...Pero por más que intentaba descubrirlo...no lo hallaba en su vida..A veces se angustiaba porque desde chico lo había sentido cercano...en sus padres...en el espíritu que animaba a personas, pocas, pero que de verdad le merecían respeto...algunos amigos...¿Por qué él no?...Y, sin embargo, estaba allí...con todo su amor...iluminando..dando sentido al suyo. Con esa juventud eterna que le hacía descubrir la suya...y le mantenía vivo.

Sólo en la mirada limpia de esos chicos que ahora le hablan intuye algo (¿o alguien?) que se le escapa...pero que le llena...aunque no lo entiende. No lo ha aprendido a ver...entre los demás...Pero en ese brillo intenso de la pupila infantil que refleja su cara hay una persona que no parece él. No. No puede ser él. Demasiado se conoce...Y sin embargo, duda...Es extraño. En el espejo de otras miradas nunca se ha podido ver. Sí. Debe ser él. Quizá es que aún no se conoce. Nadie le ha mirado nunca así. Se ha sentido distinto. Renacido. Lo tomó en sus brazos. Lo acercó a sus labios...Y besó a Dios.